

LA FÓRMULA

CLARK CARRADOS

LA FÓRMULA

LA FÓRMULA

POR

Clark Carrados

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-58
BARCELONA

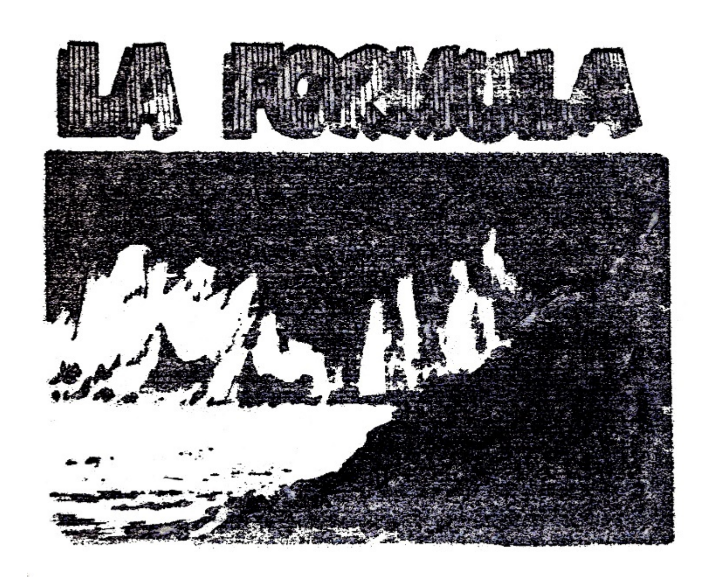
Depósito legal: B. 13210 - 1959

Registro núm. 3735 - 59

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Editorial Toray S. A. – Arnaldo de Oms, 51-58 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



L honorable Dudley Spencer Chibbs, Secretario de Asuntos Espaciales del Gobierno Mundial, leyó por segunda vez el espaciograma que el jefe del gabinete de cifra acababa de traerle.

Mientras que lo hacía, sus dedos tabaleaban nerviosos sobre el pulido cristal de su mesa de trabajo. Al terminar, alargó el dedo índice y oprimió uno de los numerosos timbres que esmaltaban un cuadro al alcance de su mano.

Casi en el acto, un hombre relativamente joven, de aspecto avispado, penetró en la lujosa estancia. Caminó hasta la mesa y se detuvo junto a ésta.

—¿Me llamaba, señor? —preguntó obviamente el secretario del Secretario, Ole Jacobsson.

Chibbs le alargó el espaciograma.

—Léalo y llore, Jacobsson —laconizó.

El secretario leyó el papel y luego lo depositó sobre la mesa, mirando a su jefe.

—Muy notable, señor, realmente notable.

—Enojoso, más bien, diría yo.

—¿E...nojoso?
—Claro que sí, Jacobsson; y usted lo sabe tan bien como yo. No hay cosa más enojosa para nosotros que la visita de uno de esos innumerables príncipes y reyezuelos que pululan en la Galaxia y que se creen obligados a hacer, por lo menos, una vez en su vida, una visita a la madre Tierra, como ellos llaman a nuestro planeta, con bastante ironía, por cierto. Y cada vez que recibo un espaciograma como éste, siento necesidad de ir a ver al médico a pedirle un sedante para mi úlcera.
—Bien —contestó el secretario—, la persona que nos anuncian aquí, no parece ser un reyezuelo común, de los que últimamente nos han visitado...
—Si se refiere usted, Jacobsson, al último que estuvo aquí, le diré que fue K'sar, rey de K'saria, el octavo planeta del noveno sistema de Capella. Es uno de nuestros principales proveedores de uranio, uranio que lo pagamos en buenos «garants» contantes y sonantes, porque nuestra moneda, afortunadamente, es la más sólida de toda la Galaxia, y el tipo se aprovechó de la coyuntura para cometer una serie de barbaridades; el recordar las cuales todavía me hace perder el apetito.
Jacobsson miró a su jefe y al verlo con aspecto sonrosado, rollizo y con una pronunciada curva al sur de la corbata, se dijo que se necesitaba algo más que la simple visita de un reyezuelo galáctico para hacerle perder las ganas de comer. «Sólo ocurriría tal contingencia —pensó—, si te encontrases en el punto cero de una explosión nuclear.»
Chibbs siguió:
—K'sar se aprovechó de su situación, el muy bandido, y dejó por ahí una serie de facturas impagadas, amén de dos o tres docenas de reclamaciones jurídicas por barbaridades cometidas por él y los miembros de su séquito, que han costado lo menos seis meses del presupuesto de la Secretaría en indemnizaciones a los perjudicados. Si ese visitante hace lo mismo, tendremos, entonces, que decirles que vengan como particulares y que se las apañen como puedan, dejándonos a nosotros en paz.
—A la reina de Cortel no puede decírsele tal cosa, señor.
—¡Maldita sea! Ya lo sé, Jacobsson. Pero me gustaría poder hacerlo. A veces —dijo con melancólico acento el Secretario—, envidio a mis predecesores. Ellos sólo tenían que entenderse con unos ciento veinte embajadores de otros tantos países terrestres. Pero desde que se constituyó un Gobierno común para todo el planeta, las cosas han cambiado mucho. Ahora ya no son esos ciento veinte embajadores terrestres, sino cuatrocientos o quinientos de otros tantos planetas, con los cuales tenemos entabladas relaciones regulares.
»Es cierto —añadió Chibbs—, que esto ha constituido una evidente ventaja para nosotros. Viajar a las estrellas ha sido siempre el máximo anhelo del hombre y el lograrlo fue la válvula de seguridad que impidió que nuestro planeta estallase por exceso de presión humana, al permitir la emigración a mundos habitados y perfectamente habitables. Pero, en cambio, hemos

perdido nuestro dorado aislamiento. Vivíamos tan ricamente con la Luna, Venus y Marte como únicos astros semihabitados, que eran y son nuestros, sin que nadie nos incomodase y he aquí que, de repente, un buen día, se presenta una nave extraña...

—Procedente de Sirio, señor.

—Justamente, Jacobsson, procedente de Sirio. Eran (y son), hombres como nosotros, con seguridad infinitamente más civilizados que nosotros, puesto que ellos descubrieron el modo de recorrer distancias estelares en un mínimo de tiempo. Pero a la vez, su forma de vivir difería enormemente de la nuestra; eran, por regla general, más pacíficos, menos bestias que nosotros. Y esto es precisamente, maldita sea, lo que les encantó. De aquí a tomarnos como un planeta apto para turistas, sólo había un paso.

—Y lo dieron, señor.

—Y lo dieron —rezongó Chibbs—. Y así nos luce el pelo. Hemos mejorado más todavía, cosa difícil, qué duda cabe, pero, al mismo tiempo, me pregunto si valía la pena tal mejora.

—Por ahora no podemos, quejarnos, señor —murmuró cautamente Jacobsson.

—Desde luego. Hemos ganado mucho en todos los aspectos, Jacobsson. No haga caso de lo que digo. Es que el anuncio de esa visita me ha puesto enfermo, como cada vez que sucede algo similar. Hay que hacer algo, y, sobre todo, de tal forma, que el huésped que llega reciba, exactamente, las atenciones que se le deben, de modo que no sea menos que el anterior ni tampoco más que éste, pues en tal caso los dos se nos quejarían y agotaríamos las existencias de aspirinas. Veamos, Jacobsson, ¿qué se sabe de la reina de Cortel?

—Cortel es el decimoquinto planeta del sistema sur de los Gemelos, señor. Es ligeramente inferior en tamaño a nuestra Tierra y está mucho menos poblado, por lo que, en los últimos años, la emigración se ha dirigido allí preferentemente, alentada por el propio gobierno de Cortel. Tiene un clima estupendo, una vegetación casi enteramente terrestre y la vida se desarrolla con una facilidad y economía realmente asombrosas. Se calcula que sólo hay una población de unos cuatrocientos millones de habitantes para una superficie que puede contener holgadamente veinte veces más. En cuanto a su reina, pertenece a la dinastía de los Henjada, tiene veintidós años, la belleza de una hurí, las riquezas de un Creso y los caprichos de un Nerón. Su nombre es Helena.

Chibbs arqueó una ceja.

—¿Helena? Ése es un nombre completamente terrestre, Jacobsson.

—Desde luego, señor; pero recuerde que últimamente han estado en boga, entre los nativos de otros planetas, los nombres propios del nuestro. Les parece más chic llamarse así que no Wrzyns'kt o Pfrotaylz, por ejemplo.

—En su lugar yo haría probablemente lo mismo, Jacobsson. Bien, ¿y qué más? Recuerde que yo soy político, no profesional de la diplomacia, y hay

muchas cosas, ésta es una de ellas, de las cuales sólo estoy superficialmente enterado,

—Nuestra embajada allí es de quinta categoría, señor, aunque en la última sesión senatorial se estuvo debatiendo el problema de ascenderla un grado, dado el creciente interés de la población terrestre por emigrar a Cortel. Tenemos allí ya a muchos compatriotas que no están tan bien atendidos como fuera de desear.

—Ascender de categoría a una embajada cuesta dinero. Hay que enviar un embajador en consonancia, más personal, un nuevo edificio para la embajada y muchas otras cosas para las cuales no tenemos los créditos suficientes, Jacobsson. Esto, de momento, tendrá que ser aplazado. Bueno —añadió el Secretario—, pasemos ahora a discutir los detalles de la recepción de Helena. ¿Qué sugerencias presenta usted?

Jacobsson permaneció unos momentos en silencio, estudiando con ojo crítico una manchita apenas perceptible que se veía en un ángulo del techo.

Después bajó la vista.

—Dada la categoría del planeta y la cantidad de jefes que nos han visitado en estos últimos tiempos, la recepción que le corresponde a Helena es más bien modesta, señor.

—Es una reina, recuérdelo, Jacobsson, y mujer, por añadidura.

—Nosotros recibimos al Jefe de Estado, señor, no a la mujer, y la recepción tiene que estar en consonancia con su categoría. Le corresponde ser recibida por un funcionario del Departamento, que la saludará en nombre del planeta, poniéndose a su disposición durante todo el tiempo de su permanencia en la Tierra, más una compañía de honores que le rinda los debidos a su categoría al desembarcar en el astropuerto. Y luego, ya lo sabe, confeccionar el acostumbrado programa de visitas. Según el tiempo que vaya a estar aquí, puede ser el normal, el condensado o el dilatado. En el espaciograma no se indica el tiempo, por lo que la decisión del programa de atenciones quedará en manos del funcionario que enviemos.

—¿A quién piensa mandar usted al astropuerto?

—A Dubonnet, señor. Es un hombre que ya ha realizado con éxito numerosas misiones de tal índole y del que han quedado muy contentos los visitantes que...

Chibbs meneó la cabeza.

—En este caso, me parece que Dubonnet no es el más indicado.

Jacobsson se sorprendió muchísimo.

—¿Por qué, señor? Posee una verdadera experiencia en la materia y...

El Secretario sonrió.

—Jacobsson, usted me acaba de decir que la reina Helena es tan bella como una hurí del paraíso. ¿Enviaría usted a recibirla a un carcamal apolillado y acartonado como Dubonnet o, por el contrario, destacaría a un joven apuesto y distinguido, con pinta de galán de cine, atlético, que le impresionase favorablemente?

—Señor, yo...

—Jacobsson, usted es un secretario fiel y competente, pero en ocasiones hay que dejar la eficiencia a un lado y hacer las cosas con el corazón. Por muy bonito que sea todo lo que le enseñemos a la reina Helena, se aburriría si llevase al lado a un anciano dispéptico y amargado como es Dubonnet. Busque usted a uno joven, agradable, simpático, que esté siempre dispuesto a contar el último chiste sobre política galáctica (esos siempre tienen éxito), que sepa bailar como un ruso y galantear como un español, además de ser discreto como un inglés y desprendido como un francés. Con el dinero —suspiró Chibbs—, del departamento, por supuesto.

—Pues, la verdad, señor... no encuentro a ninguno de nuestros funcionarios que reúna esas condiciones. Además, no creo que entre en sus obligaciones la de galantear a nuestras reales visitantes, señor.

—¡Qué poco psicólogo es usted, Jacobsson! Helena es una mujer, ¿no? ¿A qué demonios viene a la Tierra? ¡Viene en busca de emociones terrestres! No viaja por instrucción, sino por capricho, por divertirse, y nuestra obligación es hacerle la estancia agradable en el planeta. Por lo tanto... ¡Ah, ya está, ya he encontrado al hombre que necesitamos! —exclamó de pronto el secretario.

—¿De verdad, señor? ¿Quién es? —preguntó Jacobsson, interesadísimo.

—Cedric Gillespie.

El rostro de Jacobsson se puso instantáneamente del color de las guindas.

—¡Ese... botarate!

—Ese mismo es el que estamos necesitando, Jacobsson.

—Pero, señor, si es un inútil y un incapaz. Lo tenemos aquí en el departamento poco menos que de limosna. Su padre fue Secretario de Transportes Planetarios y gracias a ello se le pudo dar un puesto de tercer secretario. No sabe nada de nada y...

—¿Cómo que no? Es un magnífico bailarín, un conversador ameno...

—Pero tiene la cabeza hueca.

—Y una anatomía de Apolo que no hay más que pedir, Jacobsson.

—Su discreción no supera a la de un mosquito.

—Pero está acostumbrado a tratar con mujeres.

—Es lo único que sabe hacer, señor.

—¿Y qué es lo que buscamos en él, Jacobsson? Que yo sepa, Helena no es un monstruo.

—¿Y es a ese hombre a quien le tenemos que facilitar varios cientos de miles de «garants» para que se los gaste alegremente en compañía de la reina Helena? —murmuró Jacobsson amargamente.

—Justamente. Usted le dará un talonario de crédito, con cargo a los fondos de representación del ministerio. No nos queda otro remedio que hacer este gasto, si queremos quedar bien delante de la reina Helena. Recuerde que ella viene aquí a divertirse, no a escuchar pesados discursos de bienvenida ni a soportar plúmbeas recepciones o enojosos banquetes.

Jacobsson terminó por resignarse ante lo inevitable.

—Si usted lo quiere así, señor... Pero, en mi opinión, y aun careciendo de las facultades físicas del señor Gillespie, el señor Orrigo estaría mucho mejor. También es joven y...

—Pero está recién casado y Gillespie es soltero. ¿Qué haría un recién casado, a quien aún le dura la tontería de la luna de miel, al lado de una superbelleza como la de la reina Helena? Por favor, Jacobsson, le creí a usted más inteligente. Ande, vaya a buscar a Gillespie y dele las instrucciones necesarias. Y no se olvide del dinero; a las turistas extraterrestres les gusta mucho esa costumbre de que sea el hombre el que pague el gasto.

—Gillespie se va a divertir muchísimo —masculló Jacobsson para sí. Y luego, en alta voz, dijo—: Sí, señor, ahora mismo.

Lo primero que hizo el secretario al salir del despacho de su jefe fue ir en busca de Gillespie. Lo encontró tratando de buscar un inexistente mosquito que se había introducido entre el ondulado cabello de su pelirroja secretaria.

La secretaria se puso tan colorada como su pelo y escapó apenas vio entrar por la puerta al severo Jacobsson. Por el contrario, Cedric Gillespie se sentó en un ángulo de la mesa y agitó alegremente la mano.

—¡Hola, jefe?

—Déjese de familiaridades que no le han sido autorizadas, Gillespie —dijo ásperamente el secretario—. Tengo una misión que encomendarle.

—¿Para cuándo y dónde?

—Para mañana a las nueve, en el astropuerto central.

Cedric encendió un cigarrillo, después de haberlo liado habilidosamente con una sola mano. Ésta era una antigua costumbre que él había resucitado y que lo había procurado éxitos locos entre las jóvenes que no andaban menos locas por él.

Expulsó el aromático humo por boca y narices y luego dijo:

—¿Mañana... a las nueve? ¡Imposible!

—¿Por qué?

Cedric le guiñó un ojo a Jacobsson.

—Olvida usted que hoy es jueves y que a mediodía empieza mi fin de semana. Mañana, a las nueve...

—Mañana, a las nueve —le interrumpió con firmeza el secretario—, estará usted en el astropuerto central, para recibir a Su Majestad la reina Helena VI de Cortel, y luego acompañarla y ser el jefe de su séquito en tanto dure su estancia en la Tierra. Usted ya conoce la forma en que actuaron funcionarios de este departamento en casos precedentes, de modo que sobran la mayoría de las instrucciones.

Cedric arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el tacón, sin cuidarse de la costosa alfombra española que cubría el pavimento.

—¡Maldición, Olito! Ya me ha estropeado usted el fin de semana tan rico que yo había planeado. ¿Es que no había otro de quien echar mano?

—El señor Chibbs citó su nombre en persona, Gillespie.

—Está bien; supongo que no me queda otro remedio que obedecer. Esto

me pasa por ser pobre y no tener otro capital que mi sueldo.

—Para ganarse el cual no hace usted nada, absolutamente nada. De modo que trabaje una vez al menos.

—Se aprovecha de su superior categoría para insultarme, Olito. De modo que tengo que acompañar a la vieja, ¿eh?

Una chispa de buen humor pasó por el burocratizado cerebro de Jacobsson.

—Eso es, Gillespie; y como sabemos que a ella le gustarán las cosas bien hechas, aquí tiene usted un talonario por valor de trescientos mil «garants». A Helena le gustará que un hombre joven y apuesto, como usted, la invite a pasar una semana en Capri, a pasear por las noches en barca, a la luz de la luna, mientras usted rema. Y quien dice Capri, dice Mallorca o la Costa Azul o Palm Beach. El programa de diversiones queda por entero a su discreción.

Cedric tomó el talonario de cheques, garantizado por el sello del departamento y se lo echó al bolsillo.

—Los duelos con pan son menos —murmuró filosóficamente—. ¿A las nueve dijo?

—A las nueve —recalcó el secretario—. Y si piensa eludir esta responsabilidad, olvide tales pensamientos, porque le enviaré un par de policías que le obliguen, lo quiera o no, a acudir al astropuerto. Buenos días Gillespie.

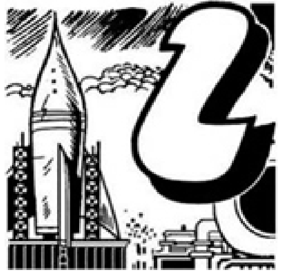
—Buenos rayos le partan. A usted y a la reina —rezongó el joven, de malísimo humor, pensando en el delicioso plan que tenía aquel fin de semana y que la inesperada encomienda le había estropeado totalmente.

A las nueve en punto de la mañana siguiente y ataviado con el uniforme de gala correspondiente a su categoría, Cedric estaba en el astropuerto, portador de un monumental ramo de flores con dos cintas: una de ellas era amarilla, azul y verde, los colores de la Tierra; y la otra roja con estrellas plateadas, colores oficiales de Cortel.

Tras él había una estólida compañía de marinos del espacio, vestidos rimbombantemente de gala, dispuestos a rendir honores a la reina Helena en cuanto llegase. Un poco más allá, se veían una docena de atóbiles destinados al séquito de Helena, en tanto que un par de fotógrafos distraían su ocio con monumentales bostezos. En los últimos tiempos, se había hecho tan corriente el aflujo de importantes personalidades que ya empezaban a dejar de serlo.

Los altavoces anunciaron la proximidad del cohete. Cedric se estiró instintivamente los faldones de su costosa chaqueta de uniforme y luego se pasó un dedo por el interior del ajustado cuello. Repasó «in mente» las frases de salutación que pensaba dirigir a la reina y luego clavó su vista en el cielo, en el cual ya se veía un puntito brillante que aumentaba rápidamente de tamaño.

CAPÍTULO II



A banda de música rompió a tocar apenas, abierta la portezuela del cohete lanzadera, Helena hizo acto de presencia ante los que la esperaban. Desde lo alto de la escalera, la reina de Cortel arrojó una mirada en torno suyo y luego sonrió, en tanto los fotógrafos se despachaban a su gusto tirando placas a decenas.

Los fotógrafos habían ido al lugar de aterrizaje como cosa rutinaria, puro oficio; pero al encontrarse ante la reina de Cortel, empezaron a lanzar alaridos de júbilo en su interior, al mismo tiempo que hacían funcionar las cámaras de modo incesante.

Por su parte, Cedric se quedó boquiabierto. ¿Era aquella la vieja que le habían prometido?

Helena no sólo no era vieja sino que, no llegando su edad al cuarto de siglo, terrestre ha de entenderse, era, además, una belleza en toda la extensión de la palabra. Pero ¿qué clase de zoquetes usa la Secretaría de Asuntos Interestelares como informadores?, se preguntó el joven maquinalmente, en tanto examinaba a su sabor la singular hermosura de la joven reina.

Su negrísimo cabello estaba sujeto por una banda de tela de hilo de oro, bordeada de perlas, prácticamente el único adorno que se le veía, aparte de una costosa pulsera reloj-calendario en la muñeca izquierda. Helena vestía un conjunto capaz de impresionar al más audaz de los modistos, tanto por su extremada elegancia como por su sencillez, y calzaba unos zapatos de tacón altísimo, viendo los cuales Cedric se preguntó —y estaba habituado a todo género de extravagancias en el vestuario femenino— cómo era posible que su propietaria conservase el equilibrio.

Contrastando singularmente con la intensa negrura de su cabello, en el rostro, de un óvalo perfecto, se advertían tres colores: el verde esmeralda de sus enormes pupilas; la blancura de su tez, blancura nacarada que no era debida a ningún artificio de tocador, y el rojo de los labios, suaves y acariciadores y, como la epidermis, limpios también de todo lo que no fuera producto íntegro de la madre Naturaleza.

El resto del cuerpo, aun oculto a medias por la línea del vestido, estaba en un todo de acuerdo con la belleza del rostro, o sea que era el de una estatua

salida del cincel de Fidias. Cedric se estremeció al pensar en lo que, a su vez, pensaría el secretario Chibbs del patinazo que estaban cometiendo al enviarle a él como único receptor de la reina, pero en aquel momento, antes de que pudiera seguir adelante con tales consideraciones, la música cesó.

Entonces el joven recordó la misión que le había traído hasta allí. Irguiéndose, abombó el pecho y avanzó hacia la escalerilla por la cual ya descendía la reina.

Se inclinó profundamente ante ella y luego le entregó el ramo de flores.

—Majestad —empezó a decir—, los terrestres nos sentimos profundamente honrados con...

—Ahórrese el discurso, amigo —le interrumpió ella de manera harto sorprendente—. Los conozco todos y sé de antemano lo que me va a decir. ¿Quién es usted? ¿Por encargo de quién está aquí?

—Majestad, me llamo Cedric Gillespie y soy funcionario de la Secretaría de Asuntos interestelares con la graduación de tercer secretario. El honorable Secretario Chibbs...

—El honorable Secretario un cuerno. ¿Ésta es la manera de recibir a un Jefe de Estado amigo? Un empleadillo de tres al cuarto y dos docenas de soldados anémicos. Tentada estoy de volverme a mi planeta...

Cedric se aterró. Las complicaciones interestelares que podrían surgir si tal cosa se llevaba a efecto serían terribles. Muchos jefes de estado planetario se enterarían de lo sucedido y se darían por aludidos personalmente, como si fueran ellos mismos los que recibían la ofensa. ¡Y luego le llamaban a él cabeza hueca!

—Majestad, disculpad al secretario Chibbs. Sus numerosas ocupaciones le...

—Deje usted de hablarme de ese estúpido —dijo ella, con enojo—. Vayamos al grano. ¿Qué programa de actos me han preparado para mientras dure mi estancia en su planeta?

—Majestad, primero debemos ir al hotel Imperial. Una vez Su Majestad haya descansado, recibirá a los representantes de la prensa gráfica y animada, después de lo cual...

—Basta. Con lo que he oído tengo ya más que suficiente. No iremos al hotel Imperial, sino al Carlysia. Dispóngalo todo así, señor Gillespie.

Cedric miró de reojo a la joven. ¡Rayos, qué bonita era! Y de tonta no tenía un pelo. ¿Cómo estaba ella tan enterada de todas las peculiaridades de las costumbres terrestres?

Se inclinó profundamente, sintiéndose muy incómodo dentro de su uniforme de gala.

—Como Vuestra Majestad disponga. Ahora, si Vuestra Majestad quiere pasar revista a las fuerzas...

—¿Quién, yo? ¿Exhibirme delante de esa pandilla de micos depauperados, vestidos de colorinajos? ¡Que se larguen todos con viento fresco!

El capitán que mandaba la compañía de honores enrojeció violentamente y

más que el respeto a la alta categoría del personaje a quien debía rendirlos, le contuvo el sexo a que pertenecía. De no ser así, de buena gana la hubiera emprendido a sablazos con el personaje.

Cedric le miró, haciendo un gesto que quería decir: «Amigo, ella es así; ¿qué quiere que yo le haga?», después de lo cual, el capitán dio media vuelta y se largó con sus impertérritas huestes.

Luego se volvió hacia ella.

—Majestad, los atóbiles para vos y vuestro séquito están listos.

—¿Mi séquito? Pero... —y de repente, ella se echó a reír—. Me parece que el embajador terrestre en Cortel no supo entenderme.

Helena se volvió y, metiéndose dos dedos en la boca, lanzó un agudísimo silbido que llenó de estridencias los oídos del joven. Al momento, una linda azafata se asomó por la portezuela.

—Juanita, échame el equipaje.

—¡O. K., Majestad!

La azafata desapareció un instante, para reaparecer casi enseguida con un ligero maletín que arrojó al aire. Helena lo atrapó hábilmente con una mano, ya que tenía la otra ocupada con el ramo de flores, y luego se volvió sonriente hacia el aturdido tercer secretario.

—¡Ya estoy lista, Gillespie! Aquí está mi séquito y mi equipaje, todo junto. ¿Vamos?

Incapaz de coordinar normalmente sus ideas, el joven echó a andar, dirigiéndose hacia el primero de los atóbiles de la larga fila que había allí, un vehículo lujosísimo, en rojo y blanco y lleno de cromados por todas partes, a cuyo pie se veía un impasible conductor, que tenía la portezuela abierta.

Helena frunció el ceño.

—¡Ni hablar! —dijo.

—¿Có...cómo dice Vuestra Majestad? —exclamó Cedric.

—Que ese trasto es demasiado aparatoso y a mí no me convienen los escándalos visuales. Tomaré éste —y señaló uno de los destinados, al séquito, de un discreto color azul oscuro, sin apenas adornos—. ¡Ah! —añadió—, y el conductor que se vaya. Usted guiará, Gillespie.

—Sí... sí, Majestad —dijo el joven, precipitándose a cumplir las órdenes.

Habló unos momentos brevemente con el conductor y éste asintió.

Luego Cedric abrió la portezuela y ella, inclinando la cabeza, arrojó de cualquier manera el maletín y el ramo en el asiento posterior, instalándose en el delantero. Mientras, el joven ya había pasado al otro lado, sentándose ante los mandos.

La miró. Ella dijo:

—¡Andando, chico!

Cedric dio el contacto y empujó la barra de mando hacia adelante.

Al momento, sin el menor temblor, sin la menor sacudida, el atóbil emprendió la marcha, dirigiéndose raudamente hacia la salida del astropuerto.

Apenas se hubieron situado en la pista anchísima, que les llevaría a la

capital, Helena empezó a hablar.

—Le supongo extrañadísimo por mi manera de actuar, ¿no es así, Gillespie?

—Verá, Majestad... yo... ¡hum.!... —carraspeó Cedric.

Ella reclinó la cabeza en el asiento posterior.

—No trate usted de disimular; harto se le ve. Pero es que usted, lógicamente, no está enterado de la misión que me trae a la Tierra. Ni tampoco su superior, el secretario Chibbs. Aparentemente, mi viaje es un asunto de placer y recreo, pero, en el fondo, la cosa es mucho más grave. ¿Tiene usted un cigarrillo? —inquirió de repente.

Para entonces Cedric ya se iba acostumbrando a las excentricidades de la joven, de modo que le fue fácil acceder a la petición sin demasiado sobresalto. Ella expulsó el humo y luego continuó:

—Permítame que, de momento, me reserve el secreto sobre tal misión, amigo Gillespie, ya que ni siquiera se lo diría a Chibbs. Pero una de las cosas que han motivado mi viaje en forma tan extraña, sola y sin acompañamiento, ha sido ésa, precisamente.

—Entonces, por eso Vuestra Majestad cambia de hotel y de atóbil —sugirió Cedric, respetuosamente.

—Exacto. No tome usted a excentricidad lo que es debido a simple precaución, que no puede ser mucha, sin embargo, ya que estaban los fotógrafos que se encargarán de divulgar mi imagen a los cuatro vientos casi antes de que lleguemos a la capital. A propósito, ¿por qué le enviaron a usted?

—Porque soy un cabeza hueca.

Helena respingó. Enderezándose, miró con extrañeza al joven.

—¿Qué quiere decir eso?

Gillespie sonrió, mientras trataba de adelantar a otro atóbil que no se mostraba excesivamente veloz.

—Verá Vuestra Majestad. El secretario Chibbs suponía que Vuestra Majestad era... bueno, todo lo contrario de lo que es, me refiero al físico y a la edad, naturalmente.

Helena se echó a reír estruendosamente.

—Y por ello le envió a usted, Gillespie.

—Sí, Majestad.

—Pero ¿qué relación tiene entonces su comisión oficial con la oquedad de su cabeza?

—Verá —contestó él, con cierta amargura en la voz, que no pasó desapercibida para la observadora muchacha —; en la Secretaría me consideran poco menos que un inútil, que tiene el puesto que desempeña merced a las recomendaciones y al historial de mi padre, que fue Secretario de Transportes. Piensan que sólo me gusta divertirme, dicen que no me tomo en serio nada de lo que me encomiendan y, en fin...

—Entiendo —dijo ella, con tono duro—; que creyéndome un «paquete», han tratado de librarse de mí.

—Sí, Majestad.

—Me gusta su franqueza, Gillespie. Usted no parece ser de los que doran las cosas con palabritas suaves.

—No, Majestad; ese es un procedimiento que nunca me ha gustado.

—Pues a mí me agrada que usted tenga ese carácter. ¡Mira que considerarme a mí como un «paquete»! Verá usted, Gillespie, cómo antes de un mes se tiran todos al suelo para besarme las uñas de los pies, no porque sea joven y bonita, que lo soy, ¿para qué negarlo?, sino por... bueno, por poco me disparo y lo cuento. Lo que van a rabiar cuando vean mi fotografía.

—Enseguida se presentará el secretario Chibbs...

—¡Que se vaya al cuerno el secretario Chibbs! No pienso recibirle siquiera, y si tratan de separarle de mi servicio, en tanto dure mi estancia en la Tierra, no lo consentiré, ¿me entiende usted, Gillespie?

—Sí; y os lo agradezco infinito, Majestad.

Ella se echó a reír.

—Me creían vieja y fea y no querían pasarse un mes de tortura a mi lado y por eso le enviaron a usted... ¡La envidia se los va a comer, Gillespie!

El joven iba entrando en reacción.

—No lo dudo, Majestad.

—Verás lo que nos vamos a divertir, Cedric —dijo ella, tuteándole de repente—. Pero no van a ser unas diversiones comunes, sino... ¿eh? ¿Qué es esto?

Cedric frunció el ceño. La muchacha le señaló el espejito retrovisor.

—Hace ya diez minutos que veo a ese coche siguiéndonos de modo implacable.

—¿Por qué había de seguirnos, Majestad?

—Pisa el acelerador, Cedric —ordenó ella, por toda respuesta.

El joven obedeció. La autopista era de altas velocidades y enseguida alcanzó el atóbil los doscientos cincuenta kilómetros a la hora.

Cedric escrutó el retrovisor. El conductor del otro atóbil pareció sorprenderse ante la inesperada arrancada del joven, pero en un momento acomodó la marcha de su vehículo a la del que le precedía.

Cedric frunció el ceño.

—Parece que, en efecto, sus aprensiones se cumplen, Majestad.

—Ojalá fueran sólo aprensiones. Frena ahora, pero no del todo.

El joven hizo lo que le decían. El atóbil perseguidor redujo su marcha también.

Helena endureció su gesto.

—Son ellos, no cabe la menor duda.

—¿Quiénes son ellos, si puede saberse, Majestad?

—Por ahora prefiero callar. Lo único que siento es haberte complicado a ti en todo este jaleo.

—Vuestra Majestad me tiene incondicionalmente a su disposición.

Ella le miró fijamente.

—¿Hasta el punto de jugarte el pellejo por mí?

Era terrestre, de modo que no podía dar más que una respuesta.

—Sin duda alguna, Majestad. Pero creo que me convendría saber algo de lo que os está sucediendo.

—Aguarda un poco todavía, Cedric. Antes quiero deshacerme de esos forajidos. Pisa el acelerador de límite.

—Sí, Majestad.

Con un agudo chillido, el atóbil alcanzó enseguida una velocidad de trescientos cincuenta kilómetros a la hora. Los primeros edificios de la ciudad empezaban ya a surgir de debajo de la línea recta del horizonte.

El atóbil perseguidor imitó la maniobra, colocándose a unos cien metros escasos del que conducía el joven. A aquellas horas la circulación era todavía relativamente escasa y ello permitía alcanzar aquellas marchas tan elevadas.

Súbitamente, Cedric vio por alto las esbeltas pantorrillas de la joven. Oyó el fru-fru de ropas y luego, con infinito asombro, advirtió que Helena se había cambiado al asiento posterior.

Arrojando una rápida mirada al retrovisor, vio que Helena buscaba algo en el maletín. Sacó un objeto de forma rara, doblado casi en ángulo recto y después de ejecutar rápidamente unas extrañas maniobras en el artefacto, dijo:

—Cuando yo lo ordene, frena en seco, pero desviándote a la derecha, de modo que esos tipos queden a nuestra altura. No reduzcas del todo la marcha; será suficiente con que dejes unos ciento cincuenta a la hora.

—Sí, Majestad —contestó él, poniendo sus cinco sentidos en la maniobra.

Durante unos segundos no ocurrió nada de particular. Los dos atóbiles continuaron corriendo separados por la misma distancia, devorando la autopista.

De pronto, Helena lanzó un grito:

—¡Ahora, Cedric!

Sujetando con ambas manos la barra de conducción, Cedric pisó a fondo el freno, al mismo tiempo que se desviaba ligeramente hacia la derecha.

El atóbil no tenía ruedas; se mantenía por repulsión electromagnética a unos diez centímetros del pavimento de la autopista, de modo que no se produjo el en otros tiempos temido patinazo lateral. Tampoco hubo chirridos de frenos ni cosa similar, sino únicamente se notaron a bordo del vehículo los naturales efectos de la inercia. Pero habiéndose sujetado preventivamente con las correas de seguridad, no ocurrió nada de particular.

En cambio, el otro atóbil, cogido por sorpresa su conductor, continuó su camino a gran velocidad, antes de que pudiera aprestarse a reducir la marcha. En unos segundos, los dos vehículos se pusieron a la par.

Cedric entrevió dos o tres individuos a bordo del otro atóbil, cuya catadura no le inspiró la menor confianza, especialmente cuando vio una epidermis verdosa, característica fisonómica que solamente se daba en los nativos del planeta Hesios, del cuarto sistema de Arturo, los cuales eran conocidos como ladrones y asesinos de profesión. Pero casi en el mismo momento puso toda

su atención en lo que sucedía a su izquierda.

Helena se acercó a la ventanilla y bajó el cristal. Acto seguido sacó la mano, empuñando aquel extraño artefacto, de cuyo extremo brotó súbitamente un colosal fogonazo.

—¡Aprieta el acelerador! —gritó en el mismo instante; y Cedric obedeció.

Por el retrovisor pudo ver el joven lo que sucedió apenas hubo ejecutado la reina aquella extraña maniobra.

Deslumbrado el conductor del otro atóbil por el enorme relámpago, perdió la dirección. El coche zigzagueó alarmantemente, yendo de un lado a otro de la pista y, saliéndose de ella, al fin, acabó por caer al suelo, al fallarle el enlace electromagnético que lo mantenía en suspensión.

El vehículo recorrió unos cuantos metros, arrastrándose por el suelo en medio de una enorme nube de polvo; después, encontrando un obstáculo, volteó sobre sí mismo de modo aparatoso varias veces antes de quedarse definitivamente inmóvil.

Entonces, Helena lanzó una alegre carcajada y se retrepó en el asiento.

—¡Esos ya están listos! —exclamó—. Cedric.

—¿Sí, Majestad?

—¡Al hotel! ¿Cómo era el nombre? ¡Ah, sí, el Carlysia!

CAPÍTULO III



L honorable D. S. Chibbs, Secretario de Asuntos Espaciales se secó el sudor de la frente con un finísimo pañuelo puro hilo, no tejido sintético y luego lanzó un suspiro de alivio claramente perceptible en todo el ámbito de su despacho.

—¡Uf! —exclamó—. Ya era hora de verme libre de ese pelmazo.

El pelmazo no había sido otro que el embajador del Noveno Sistema de Procyon, un extraño ser esférico, o de seudópodos y ramificaciones, cuya vida, en la Tierra, debía desarrollarse perennemente dentro de un tanque de vidrio, lleno a medias de líquido y el resto de gas, ambos fluidos de la misma composición que los que componían la mayor parte de la masa externa de su planeta. Carente de poderes locomotivos —en la Tierra, por supuesto—, el embajador, y su tanque, debían ser transportados en una especie de sillón con ruedas, empujado por un nativo, de la misma forma que lo eran los «coolies» chinos en tiempos antiguos. Y había bofetadas para ocupar aquél en apariencia denigrante empleo, porque ¡había que ver cómo pagaban los procynianos!

Pero Chibbs no había podido acostumbrarse todavía a determinadas formas de vida inteligente, completamente distintas de la humana, y el hecho de tener que hablar con un individuo que parecía un microbio visto a través del microscopio, aumentado centenares de miles de veces, le ponía no sólo frenético sino también al borde de la náusea. Por ello había acogido con tan ruidoso suspiro el fin de su entrevista con el embajador procyniano.

Sin embargo, no podía tener mucho rato ocupada su mente con los problemas que le había planteado el gigantesco protozoario a quien, para mayor escarnio, no se le veían los ojos, porque no los tenía al exterior y, por lo tanto, uno, al tratar con ellos, se sentía sumamente incómodo, porque no sabía si le estaban mirando o no. Otros problemas, y éstos mucho más graves, ocupaban su atención.

Tocó el timbre y a la llamada acudió Jacobsson, su secretario.

El secretario traía en la mano un fajo de periódicos que arrojó especulativamente sobre la mesa de su Jefe. Éste le miró con expresión ansiosa.

—¿Nada todavía?

Jacobsson meneó la cabeza de forma harto significativa.

—Nada todavía, señor. Ni el menor rastro de la reina y de su acompañante.

Tratando de dominar las ganas de gritar que le estaban entrando, Chibbs tomó los periódicos, cuyos titulares parecían escritos con ácido sulfúrico en lugar de tinta de imprenta. Casi todos parecían coincidir, como si se hubieran puesto de acuerdo; y la verdad era que las cosas que estaban sucediendo eran como para poner acordes a los más enconados antagonistas.

¡¡HELENA VI DE CORTEL HA DESAPARECIDO!!
¿RAPTADA? ¿SECUESTRADA?
¿POR PROPIA VOLUNTAD?

Hay quien sostiene que la bellísima reina de Cortel vino a la Tierra de riguroso incógnito, y este incógnito se ha mantenido de tal manera que, salvo los oportunos fotógrafos de la Mundial Press y de la Prensa Planetaria, nadie ha vuelto a verla jamás.

La Secretaría de Asuntos Espaciales envió a un funcionario de ínfima categoría a recibir a Helena de Cortel, pero después de la recepción, la reina y el funcionario han desaparecido tan misteriosamente como si jamás hubieran existido.

¿Qué ha ocurrido? Nadie lo sabe. Todo el mundo se pierde en conjeturas, absurdas en su mayoría, aunque algunas pudieran tener ciertos visos de realidad, si consideramos que el funcionario a quien enviaron para dar la bienvenida a la reina es más conocido por sus especiales aptitudes donjuanescas que por su capacidad de trabajo. ¿Quiere esto decir que tendremos matrimonio morganático, celebrado en secreto Dios sabe dónde? Esperamos que el Honorable Secretario Chibbs dé una pronta respuesta, clara y sin ambages, a todas estas preguntas que hasta ahora...

El Honorable Secretario Chibbs lanzó los periódicos a un lado y resopló ruidosamente.

—¡Hatajo de entrometidos! —masculló—. ¿Cómo quieren que les diga dónde está Helena si ni yo mismo lo sé?

—La policía...

—La policía es una manada de estúpidos. Igual que usted, Jacobsson.

Sorprendido por el inesperado ataque, el secretario trató de defenderse.

—Señor, yo...

—Sí, ya lo sé, no siga. Sé de sobra lo que me va a decir. Que usted lo hizo con la mejor intención del mundo. Pero ahora el que paga las consecuencias de su idiota sugerencia soy yo. Tendré que soportar una interpelación en el Parlamento que me levantará la piel en vivo. Y usted se quedará tan tranquilo ahí, viéndolas venir.

—Pero, señor...

—No siga hablando —le cortó Chibbs, exasperado—. Busque, averigüe, indague, haga lo que sea, pero encuéntreme a la reina y a ese maldito Casanova a quien pienso ahorcar en cuanto le eche la vista encima. Revuelva todo, pero no venga a verme si no me trae a esa pareja. ¡Oh, Dios mío! —sollozó Chibbs—, esto es el fin de mi carrera. Tendré que presentar la dimisión y... ¿Todavía está usted ahí? —tronó—. ¡Lárguese inmediatamente, animal!

Asustado por el tono de su superior, a quien nunca había visto tan encolerizado, Jacobsson emprendió una más que discreta retirada, tratando de poner en práctica un plan de búsqueda de los desaparecidos, sin siquiera saber cómo ni por dónde empezar.

* * *

Mientras tanto, los interesados estaban divirtiéndose a lo grande.

Mejor dicho, era uno de ellos el que se divertía, porque el otro estaba sentado en una tumbona, con el pie puesto sobre un montón de cojines, como consecuencia de una inoportuna dislocación.

El otro miembro de la pareja, que era Helena, descendió raudamente por la nevada pendiente y con hábil maniobra clavó los esquíes en el suelo, a medio metro de distancia del lugar donde Cedric reposaba en espera de que se le curase la inoportuna lesión recibida en el curso de una sesión de esquí.

El rostro de Helena aparecía encendido por el ejercicio y al joven le pareció que estaba más hermosa que nunca, pese a los cambios fisonómicos que se habían operado en ella, de modo artificial en par y en parte naturalmente, como consecuencia de sus frecuentes exposiciones al sol de alta montaña.

Nadie hubiera reconocido a la reina de Cortel en aquella joven de rostro tostado y cabellos rubios como el sol. La blancura de su cutis y la negrura de su cabello habían desaparecido apenas se instalaron en el hotel, del cual habían salido en cuanto tales transformaciones se hubieron operado. Por su parte, Cedric se había limitado a esconderse tras un frondoso bigote y unas gafas de innocuo aspecto, que transformaban su aspecto también de manera total.

—¡Esto es magnífico! —exclamó gozosa la muchacha—. La Tierra tal y como yo la había soñado. ¡La nieve! Allí, en Cortel, no se conoce en absoluto y si mis súbditos pudieran tener más facilidades de desplazamiento, se vendrían a la Tierra en masa, sólo por pasarse dos semanas en lugares como éste.

—Los especialistas en huesos se forrarían —masculló el joven lúgubremente.

—¿Por qué? —inquirió ella, en tanto se descalzaba los esquíes.

—Míreme a mí, Majes...

—Helena, Cedric, recuérdalo. Y de tú, o de lo contrario, nuestro anónimo desaparecerá enseguida.

Cedric lanzó una amarga carcajada. Después le alargó un periódico en el que se veían las efigies de los dos, encima de unos gruesos titulares en los que se manifestaba que todo un ejército de policías les estaba buscando afanosamente.

—Hace ya más de un mes que desaparecimos —comentó Cedric—, y hasta ahora no me has dicho el porqué de tu actitud. Estoy tan enterado de ello como el primer día, cuando disparaste contra los tipos que nos seguían en la autopista. ¿Por qué tanto misterio, Helena?

La muchacha se sentó a su lado y encendió un cigarrillo con gesto displicente.

—Lo sabrás a su debido tiempo, Cedric. Mientras tanto, confórmate con estar a mi lado. Muchos darían una fortuna por cambiarse por ti.

—Y yo la daría por estar a mil leguas de aquí —refunfuñó el joven—: ¿Qué ocurre? ¿Hay algún conflicto cósmico? ¿Se va a hundir algún sistema planetario? ¿Estás tratando de evitar una guerra entre dos galaxias?

El lindo rostro de la joven se enserió de pronto.

—Algo hay de lo que dices, Cedric —murmuró.

—¿De veras? ¿De qué se trata, Helena? ¿Es que no tienes confianza en mí? ¿Acaso temes que te traicione?

Ella sacudió la cabeza.

—No, Cedric, ya sé que tú, por propia voluntad, no me traicionarías. Incluso, y no es exageración, darías la vida por mí.

—Eso se da por supuesto —contestó Cedric ardientemente.

—Pero tú no conoces el calibre ni la catadura moral de mis enemigos. No vacilarían, si te apresaran, en someterte a las peores torturas con el fin de hacerte hablar. O quizá no les hiciera falta atormentarte. Con una simple inyección de tripentotal, absolutamente indolora, dirías todo cuanto supieses, sin la menor posibilidad de resistencia por tu parte. Y eso, debes convenirlo conmigo, Cedric, no me conviene en absoluto.

—Total —rezongó él—, que, por el momento, debo resignarme a ser tu mero acompañante. Y a la vista de los demás, en algo peor.

—¿Lo dices porque pago las facturas? ¡Bah! Eso no debe preocuparte. Si te dejara utilizar el talonario de cheques de que te proveyeron en la Secretaría, dejaríamos detrás de nosotros un rastro tan ancho como el de un elefante beodo en un trigal.

—De todas formas, mi postura no deja de ser desairada en grado sumo, Helena. A mí me gustaría...

La muchacha arrojó el cigarrillo y se puso en pie.

—No quiero ni oírte mencionar el tema, Cedric, ¿estamos? Ahora me voy a mi habitación; he de cambiarme de ropa para la cena. Nos reuniremos en el comedor.

—Como quieras —masculló él, sumiéndose en la lectura de una vieja novela de vaqueros.

Al cabo de un rato que no supo precisar, notó que la muchacha se le había

acercado de nuevo. La miró y al momento todo su sistema nervioso entró en estado de alerta.

Bajo la capa tostada de su piel, Helena había palidecido enormemente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó, alarmadísimo.

Helena se sentó a su lado.

—No grites, Cedric, pero ellos están aquí. No sé cómo lo han conseguido; el caso es que han averiguado nuestro paradero.

El joven estuvo a punto de dar un salto. Sólo el oportuno recuerdo de su pie lisiado le contuvo en el momento preciso.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo han robado todo, todo.

—¿Eh?

—Sí. El dinero, «yo lo cambié por moneda terrestre antes de salir de Cortel, y había un par de millones de "garants"», ha desaparecido por completo. Las joyas también, hasta el reloj pulsera, que no tenía apenas otro valor que el de una simple máquina de tal especie.

—¡Dios mío! Pero... ¿estás segura de que fueron ellos?

—Absolutamente, Cedric.

Él dijo:

—Eso quiere decir que hemos de largarnos de aquí inmediatamente. Y si lo hacemos, levantaremos sospechas y nos seguirán.

—Claro que sí. Pero si ellos son listos, yo no soy tonta y tengo en la mano el remedio para evadirnos a su persecución, de tal manera que pasaremos por delante de sus narices sin que nos vean. ¡Vamos, levántate y vámonos a prevenirlo todo para nuestra marcha!

—¡Oh, Dios mío! —se quejó el joven—. Con lo bien que yo estaba en mi oficina.

Ella sonrió encantadoramente al mismo tiempo que le tomaba del brazo para ayudarle a caminar. Pero sus palabras no tenían nada de amable.

—No te quejes, estúpido; cundo seas viejo tendrás mucho que contar a tus nietos.

—Primero quisiera saber si voy a tener hijos algún día. Sin embargo, no es eso lo que más siento, sino que moriré olvidado y me enterrarán en algún ignorado rincón, donde mis numerosas enamoradas, que ya me empiezan a llorar, no puedan depositar flores en mi tumb... ¡Ay! ¡Cuidado con los pellizcos! —añadió en voz baja, furioso y dolorido—. Tu realeza no te da permiso para maltratar a tus inferiores.

Ella le sonrió, enseñándole los dientes.

—Como vuelvas a decir otra majadería semejante, te despellejaré vivo, ¡Casanova!

Cedric calló, pero sonrió para sus adentros y no dijo nada hasta que hubieron llegado a la habitación de la muchacha.

Entonces Helena cerró con llave la puerta y se fue hacia el maletín que había traído y que abrió, enseñándoselo al joven.

—¿Lo ves? Ni un céntimo ni un mal anillo me han dejado esos bandidos. Quieren rendirme por hambre, en vista de que por otros medios no lo han podido conseguir.

—Pero saben dónde estás. ¿Cómo lo han averiguado?

Ella se encogió de hombros y no contestó. Estaba muy ocupada con su maletín, cuyo fondo se abrió de pronto, dejando ver unos adminículos cuya utilidad no pudo comprender Cedric de momento.

—Aquí tengo el remedio para huir sin ser vistos —dijo ella.

Extrajo una cajita que abrió, en cuyo interior vio el joven unas cuantas ampollas llenas de un líquido ambarino, así como una jeringuilla y demás utensilios para poner inyecciones.

Además vio unos trapos de color rosado, pero esto no llamó su atención tanto como lo primero.

—¿Para qué diablos quieres eso? —preguntó, atónito.

—Ya te dije antes que íbamos a pasar por delante de sus narices sin que nos vieran —repuso ella, comenzando a manejar la jeringuilla.

Un helado sudor cubrió la frente del joven al comprender lo que Helena le estaba diciendo.

—¡No... no tratarás de... de insinuar que... que nos vamos a volver invi...invisibles! —tartamudeó, espantado.

Helena ajustó el líquido dentro de la jeringuilla y, con el algodoncito mojado en alcohol en la otra mano, avanzó hacia Cedric.

—Eso es exactamente lo que trato de hacerte comprender. ¡Vamos, no tengas miedo; si ellos te apresaran lo lamentarías todos los días de tu vida!

—Pero es que yo no quiero quedarme convertido en un fantasma para siempre —se quejó él.

—No ocurrirá lo que estás diciendo, pájaro de mal agüero. Dentro de tres días, tu cuerpo recobrará su aspecto normal por sí solo.

—Pero... y si...

—Tengo la fórmula de este líquido aquí, en mi cabeza. Cuando la necesite, me basta con comprar los ingredientes en cualquier farmacia y luego elaborar la composición yo misma. Estas ampollas las traje preparadas por si las necesitaba, como así ha sucedido. Remángate el brazo.

A regañadientes, Cedric obedeció. Se estremeció al sentir el pinchazo, y luego, cuando ella le frotaba el lugar de la inyección con el algodón, dijo:

—Pero no conseguiremos nada si no nos despojamos de las ropas, Helena. Y si nos desnudamos, el frío...

Ella sonrió, en tanto se inclinaba sobre el maletín. Se incorporó, teniendo en la mano uno de aquellos trapos de color rosado.

—Aunque lo veas tan pequeño, esto es un «maillot» capaz de contener tu cuerpo, dejando fuera únicamente la cabeza y las manos. Es muy elástico y muy resistente al mismo tiempo. Sumamente poroso, para permitir una fácil transpiración de la epidermis, es muy duro al mismo tiempo y no sentirás el menor daño en los pies al caminar, como tampoco sentirás el frío o el calor en

las partes cubiertas por la malla, ya que su tejido es termostático y ajusta automáticamente la temperatura externa, acomodándola a la más conveniente para el cuerpo. Además, su composición molecular es tal que, al contacto con el cuerpo que se ha invisibilizado, él se vuelve también invisible, de modo que la malla sirve para todo: para el frío y para el calor y aun como calzado. Es completamente irrompible por medios ordinarios y se necesitaría una tensión de varias toneladas para hacerle saltar alguno de sus puntos. ¿Más detalles?

Cedric tomó aquel puñado de tela, que le cabía sobradamente en el hueco de las dos manos y lo miró reverentemente.

—Nada, excepto decirte que es un prodigio.

—Pues entonces, ya sabes lo que tienes que hacer. Ve a tu habitación, desnúdate por completo, luego te pones la malla. Dentro de un cuarto de hora serás un hombre invisible. Luego vuelves aquí y llamas dos veces seguidas, luego una y después dos; así sabré yo que eres tú el que viene a buscarme.

—Bien —dijo él, aún aturdido, empezando a notar un suave picor por todo el cuerpo—, pero ¿qué haremos después?

—Marcharnos de aquí, naturalmente.

—¿Sin dinero?

Ella le empujó hacia la puerta.

—Sin dinero. Pero por eso no te preocupes; ya lo sabremos encontrar. Vamos, vamos, deprisa; no tenemos un minuto que perder!

Aturdido, mareado, incapaz de creer en lo que le estaba sucediendo, Cedric se encaminó como un sonámbulo hacia su habitación.

CAPÍTULO IV



L incidente de la autopista había sucedido un mes de absoluta y pacífica tranquilidad, durante cuyo lapso de tiempo Cedric había llegado casi a olvidar todas sus aprensiones. En aquel mes, el joven se había divertido como nunca, disfrutando de la agradable y sincera compañía de Helena, agradable y simpática como ninguna de las mujeres que él había conocido hasta entonces. Más discreto, no obstante, de lo que pensaban sus superiores, no se le había ocurrido siquiera hacer la menor insinuación amorosa a la joven, sabiendo perfectamente la distancia que les separaba y permaneciendo en todo momento en el lugar exacto que le correspondía, sin desviarse un ápice de la ruta marcada de antemano.

Pero he aquí que, de repente y en el momento menos pensado, toda su tranquilidad se esfumaba de golpe, como por arte de magia, retrotrayéndole a los primeros momentos de angustia e inquietud. Y, a juzgar por lo que decía ella, sus enemigos debían de ser muy poderosos. No, no le agradaba caer en manos de ellos. En este caso, tanto si le torturaban como si no, su suerte no tendría nada de agradable.

Si le sometían a suplicio, lo matarían después inevitablemente, no sin haberle extraído toda la información necesaria, que no era mucha en aquellos momentos. Y si le aplicaban un tratamiento de tripentotal... bien, después sólo quedaría de él un cuerpo sin alma, una especie de «zombie» haitiano, un muerto-vivo incapaz de reaccionar ante la menor excitación nerviosa.

Atormentado por todos estos pensamientos, Cedric se dirigió a su habitación, apoyándose en el bastón que le servía como ayuda para la locomoción después de su dislocación de tendones. Penetró en la estancia y empezó a desnudarse rápidamente, sintiendo al mismo tiempo que el escozor que le había invadido apenas le aplicaran la inyección se acentuaba ligeramente.

Una vez completamente desnudo se colocó la malla, admirándose de su increíble elasticidad. Ejecutó algunas flexiones, comprobando que el tejido se había adherido a su cuerpo como una segunda piel, sin que por ello notara el menor aumento de su temperatura epidérmica.

Aguardó, en pie ante el espejo, empezando a dudar de las aseveraciones de

Helena. Habían pasado ya casi diez minutos y no advertía nada que le indicase se estaba volviendo invisible. Incluso el picor había desaparecido casi por completo.

Hizo un par de muecas, que el espejo le devolvió fielmente, se tachó a sí mismo de visionario y ya empezaba a pensar seriamente en volver junto a Helena, cuando de pronto notó, a través del cristal azogado, que la puerta de su cuarto se estaba abriendo.

Dos hombres penetraron en la estancia.

Apenas los vio, Cedric supo que estaba frente a ellos, al menos frente a una pequeña parte.

En los últimos tres cuartos de siglo, en que casi todas las razas de seres inteligentes de la Galaxia, con formas anatómicas de todas las clases, terriblemente insospechadas algunas de ellas, se conocían en la Tierra, el hecho de que dos individuos de piel verde y pupilas encamadas se paseasen tranquilamente por un hotel de alta montaña, dedicado al hospedaje de los amantes de los deportes de nieve, no podía causar la menor extrañeza. Se habían visto ya tantas formas raras, que aquellos dos personajes resultaban completamente normales al lado de algunos cuya sola vista infundía pánico y causaba posteriores pesadillas, difíciles de arrancar a no ser con un tratamiento psiquiátrico.

Cedric los identificó inmediatamente como pertenecientes a Hesios, del cuarto sistema de Arturo, unas gentes cuya única ocupación agradable parecía ser el robo y el asesinato consuetudinarios. Aparentemente iban desarmados, pero esto no engañó al joven; sabía que los hesianos conocían la severidad de las leyes terrestres a este respecto y sabían que ellos tratarían de actuar de la manera más discreta posible.

Girando en redondo sobre sí mismo, se enfrentó con ellos.

—¿Qué es lo que buscan, amigos? —dijo en tono casual—. Me parece que se han confundido de habitación.

—No —dijo uno de ellos, en el tono gutural que caracterizaba su forma de hablar—, no nos hemos confundido. Usted es Cedric Gillespie, y venimos a buscarlo.

—¿De veras? ¿Para qué?

—No haga más preguntas y acompáñenos. Usted es un chico guapo, muy pagado de su figura y no le gustaría que le rajáramos la cara, ¿verdad?

Y apenas pronunciadas tales palabras, el hesiano sacó una larga navaja de resorte, cuya hoja, brillante y pulida, se abrió con seco chasquido.

—No entiendo lo que quieren de mí —contestó Cedric, tratando desesperadamente de ganar tiempo. Si la droga de la muchacha surtía efecto, les daría esquinazo con toda facilidad.

—No nos interesa que lo entienda, sino que se venga con nosotros. ¡Vamos, basta ya de charla!

Cedric apretó los labios, al mismo tiempo que su mano se crispaba en torno al puño del bastón. Éste era de sólida madera de caoba, no de fibra

sintética y, bien manejado, podía ser un arma terrible. Lo malo era, pensó, su pie, que aún se encontraba bastante dolorido.

Afianzó el otro, pero no se movió de su sitio. El hesiano armado emitió una perversa sonrisa.

—Muy bien, pues, si así lo quiere usted...

Y avanzó hacia Cedric.

El joven le dejó llegar, sonriendo imperturbablemente. El otro hesiano permanecía un par de metros más allá, contemplando la escena al mismo tiempo que guardaba precavidamente la puerta.

—Señor Gillespie —le advirtió el forajido—, es mi último aviso. No me gustaría hacerle un chirlo en la cara, pero si se empeña...

—Los hombres que lo son —respondió desdeñosamente el joven—, hablan menos y actúan más. Al menos eso hacen en la Tierra. En Hesios... no lo sé, la verdad.

El insulto tornó de color violeta el rostro del hesiano, volviéndolo más repugnante aún si cabía. Aquella era su forma de enrojecer y al verlo Cedric supo que el forajido había llegado al límite de su ira.

El hesiano se encorvó. Entonces, antes de que actuara, Cedric se le anticipó.

Avanzó un pie, el sano, y en el mismo momento descargó su bastón con todas sus fuerzas. Los huesos de la muñeca del rufián crujieron sonoramente, en tanto que de sus labios se escapaba un alarido de dolor.

Soltando el arma, el individuo de piel verde se agarró el miembro fracturado con la mano sana. Cedric lo apartó a un lado mediante el expeditivo procedimiento de soltarle otro bastonazo en las espaldas y luego se aprestó a recibir a su compinche, que ya se le echaba encima.

Le recibió manteniendo el bastón en posición horizontal. El mismo hesiano se lo clavó en el vientre, doblándose sobre sí mismo con una agónica expresión de dolor en el rostro. Después le acarició la nuca con él y aquello fue la puntilla.

El forajido cayó inerte al suelo.

Cedric se retiró un par de pasos, tratando de normalizar su respiración, al mismo tiempo que sonreía divertido. Todo le había salido la mar de fácil y en un segundo, de dominado había pasado a dominador. Uno de sus enemigos yacía inconsciente en el suelo y el otro sólo tenía afectuosas atenciones para su muñeca lesionada.

—Muy bien —dijo—; espero que, en lo sucesivo, cuando os metáis conmigo, procuréis hacerlo de mejor manera. Tendría que haceros mandar detener, pero hay algo que me lo impide y ello es la discreción que debo a cierta persona.

Mientras hablaba, Cedric se dio cuenta de que el herido había cesado de lamentarse y le miraba con ojos desorbitados por el espanto. Al concluir su breve parlamento, soltó una sarcástica risita y se dispuso a marcharse.

—Bien, muchachos, hasta la vista... mejor dicho, hasta la no vista, porque

si sale bien cierto truquito que nos hemos sacado de la manga...

Se interrumpió bruscamente. La puerta acababa de abrirse y un hombre, también oriundo de Hesios, penetró excitadísimo en la habitación.

—¿Le habéis atrapado? —exclamó a voz en cuello —. ¡La reina ha huido!

—¡Míralo! —chilló el herido—. ¡Está ahí!

El recién llegado siguió con la vista la dirección que le señalaba su compañero, sin reparar, al menos por el momento, en el otro que yacía inconsciente.

—¿Dónde? ¡Estás loco, Tewil!

—¡Te digo que está ahí! ¡Cógelo, antes de que sea tarde!

Cedric se aprestó a la defensa, pero entonces se dio cuenta de los motivos que causaban el espanto de su antagonista.

¡Era verdad! La droga había causado sus efectos y ahora... ¡era invisible!

Exultó de alegría, arrojando el bastón contra el recién llegado, quien hubo de cogerlo con ambas manos antes de que le diera en pleno rostro. Cedric arrojó una rápida mirada al espejo, dándose cuenta de que no se le veía en absoluto.

—¡Date prisa! ¡Se nos va a escapar!

El recién llegado avanzó hacia él, con los brazos extendidos, de la misma forma que si se hubiera quedado ciego de repente. Cedric le dejó llegar hasta una distancia de un metro y entonces dio un salto lateral, escabulléndosele con toda facilidad.

—¡Idiota! ¡Mira la alfombra!

Cedric lanzó una maldición, enojándose de la agudeza mental del herido. Efectivamente, en la gruesa alfombra que servía de pavimento a la estancia podían verse sus pisadas, como consecuencia de su peso casi de noventa kilos, formando unas huellas tan delatoras como si realmente fuera visible.

El otro trató de aprovecharse de aquella coyuntura, pero se encontró de repente con una silla que volaba por los aires, en apariencia moviéndose por sí misma. Reculó, tratando de esquivar el golpetazo y aquel movimiento de retroceso le hizo perder unos preciosos segundos, que el joven aprovechó para, aun renqueando y todo, lanzarse hacia la puerta y desaparecer en el pasillo.

La cosa era aquí muy distinta; no había alfombra gruesa, sino que todo el suelo era de plástico endurecido, fácilmente lavable, y podía ir de un lado para otro, sin que se le viese de ninguna manera. En cambio él sí que vio a su antagonista salir y correr alocadamente de un lado para otro, abriendo y cerrando los brazos, como si tratase de cazarlo a bulto, pero, por supuesto, sin conseguir nada positivo.

La risa le subió a los labios y tentado estuvo de pegarle un puntapié para divertirse un poco, mas pensando en que tenían que irse de allí cuanto antes, desistió de su idea y se encaminó, siempre cojeando, hacia la habitación de la muchacha, situada casi en el extremo opuesto del corredor.

Al caminar se dio cuenta de que su pie le molestaba menos de lo que había

creído. No podía vérselo, pero notó en la parte afectada una suave presión que atribuyó al tejido de la malla que llevaba puesta, lo cual, cosa comprensible, no dejó de alegrarle en sumo grado.

Mientras los tres hesianos trataban de reorganizarse, Cedric llamaba suavemente a la puerta de la habitación de Helena. La puerta se abrió y, a pesar de que esperaba no ver a nadie, no pudo por menos de soltar un respingo.

—¿Dónde estás? —murmuró en voz baja.

—Aquí, Cedric. Es divertido ser invisible, ¿no?

—Mucho —rezongó él, moviendo una mano propia que no veía en busca de otra ajena que tampoco veía. Al fin, tras unas cuantas intentonas, la encontró y no pudo menos de lanzar un suspiro de satisfacción.

—Vámonos —dijo ella.

—¿Cómo vamos a alejarnos de aquí?

—En nuestro actual estado, lo que sobran son medios de transporte. Tomaremos el primer atóbil que encontraremos al paso, una vez hayamos descendido por el telesilla a la autopista del pie de la montaña.

Echaron a andar, deteniéndose apenas habían dado media docena de pasos. Los tres hesianos, bastante aturdidos y desconcertados, corrían hacia el ascensor.

—Hemos de llegar al vestíbulo antes que ellos o de lo contrario se nos escaparán —gritó el de la muñeca rota.

Cedric miró instintivamente hacia el lugar donde, suponía debía estar el rostro de la muchacha.

—¿Qué hacemos?

—Déjalos que corran. ¿Cómo va tu pie?

—Mira, pues parece que está mejor. No sé si será debido a la malla...

—Lo es —contestó ella con firmeza—. Puesto que caminas bastante bien, bajaremos por la escalera.

Así lo hicieron, sin prisa alguna, procurando evitar cuidadosamente todo roce con los otros huéspedes del hotel con quienes se cruzaban, con el fin de no infundir sospechas. Al fin llegaron al vestíbulo.

Entonces se encontraron con la escena más insospechada que hubieran podido imaginarse. Los tres hesianos, más dos que se les habían unido posteriormente, se habían enseñoreado de aquel lugar y, provistos de botellas de agua carbónica, rociaban todos los rincones, levantando considerables protestas, no sólo de los huéspedes que se veían sujetos a una ducha inesperada, sino también del personal del hotel.

La gente corría por todas partes, lanzando gritos de cólera y de terror. Algunos de los hombres, más decididos, trataron de arrojarse sobre los forajidos, pero uno de éstos, bruscamente, sacó una pistola térmica y los hizo retroceder con una seca orden.

Nadie quiso arriesgarse a morir quemado por una descarga calórica y así los hesianos pudieron dedicarse a su, en apariencia, extraña labor. En el

momento en que vieran que los chorros de soda eran devueltos por un obstáculo invisible, actuarían, sabiendo que allí estaban los fugitivos.

—Son listos esos tipos —masculló el joven—. ¿Cómo nos las vamos a arreglar para marcharnos de aquí?

Había varias puertas en el vestíbulo y los forajidos se habían situado estratégicamente de modo que las cubrían todas, lanzando incesantemente pequeños chorros de agua carbónica. La situación amenazaba con convertirse en un grave contratiempo, de no haber sido por una circunstancia providencial.

El gerente del hotel, atraído por el fenomenal escándalo promovido por los hesianos, se dirigió a uno de éstos, pidiéndole explicaciones de su incomprensible actitud. El hesiano le contestó con despego y entonces el gerente, ni corto ni perezoso, irritado por aquello que podía constituir un descrédito para el establecimiento, le asestó un puñetazo.

El hesiano salió despedido, trastabillando. Otro de sus compañeros acudió, enarbolando la botella de soda con ánimo de estampársela en la cabeza al gerente, quien, a su vez, tomó un sillón para defenderse.

A la vista de la actitud del terrestre, uno o dos huéspedes del hotel tomaron resuelto partido por él, improvisándose armas con los objetos que tenían a su alcance. Cedric observó que el hesiano poseedor de la pistola térmica vacilaba en utilizarla, sin duda porque sabía los peligros que podía acarrearle el hacerlo y, aprovechando que el hombre se había distraído momentáneamente con el barullo que se había organizado, cogió un jarrón de mayólica auténtica que tenía al alcance de la mano y se lo arrojó con todas sus fuerzas.

La porcelana impactó en el rostro del forajido, rompiéndose en mil pedazos y llenándoselo de sangre. El individuo lanzó un feroz aullido y se desplomó de espaldas.

—¿Estás aquí todavía? —susurró, pues no veía a la muchacha.

Notó en sus hombros el tacto de la mano de Helena. Tanteó hasta encontrarla y entonces, aprovechando el paso libre, echaron a correr, sin que ahora nadie pudiera apercibirse de su presencia.

—Ha sido una buena idea la de tirarle el jarrón a la cara —aprobó ella.

—Algún día me explicarás por qué nos está sucediendo todo esto —masculló él, sin cesar de correr.

Salieron fuera del hotel. Era ya de noche y el frío de las alturas se dejaba sentir, pero Cedric, abrigado por la malla que llevaba puesta, no lo notó. Aquel tejido poseía, en efecto, todas las buenas cualidades que Helena le había anunciado.

Dentro del hotel continuaba el jaleo. Los dos jóvenes, dejando a sus espaldas un espantoso pandemónium, corrieron hacia la estación del teleférico, que seguía funcionando a pesar de la hora.

Hubieron de aguardar unos minutos a que partiera uno de los coches, en el que solo subieron dos o tres personas, pertenecientes sin duda a algún otro de los hoteles que componían el grupo de hospedajes de aquel lugar. El suyo

estaba a bastante distancia y por ello no habían llegado allí todavía los efectos de la pelea.

Uno de los atractivos que pregonaban los folletos de propaganda turística era la contemplación del valle a la luz de la luna, desde el teleférico. Pero ni Cedric ni Helena se preocuparon mucho de tales atractivos, ocupados como estaban únicamente en escapar de aquel lugar lo mejor posible, y, sobre todo, en pasar desapercibidos para los restantes viajeros de la cabina.

En más de una ocasión hubieron de correrse disimuladamente para no tropezar con nadie, ya que los otros viajeros cambiaban de lugar con cierta frecuencia con el fin de admirar mejor el paisaje. Pero al fin y sin mayores contratiempos, consiguieron llegar a la estación del pie del funicular aéreo.

Una vez a salvo, de modo relativo, celebraron un pequeño consejo de guerra.

—Nos hemos despegado de los hesianos, es cierto —dijo el joven—, pero ahora estamos aquí poco menos que desnudos, sin nuestro atóbil y sin un céntimo encima. ¿Qué diablos podemos hacer ahora?

—¿Qué puede hacer una persona cuando ha logrado salvar la vida? Rehacerla, ¿no?

—Hombre...

—No me pongas tantas objeciones, Cedric, o tendré que creer como cierta la opinión de tu jefe acerca de la oquedad de tu cabeza. ¿No te gustaría ver a la reina de Cortel convertida en una vulgar ladrona de atóbiles?

Cedric se llevó las manos a la cara, en un gesto completamente instintivo.

—¡Mi ruina! ¡Esto va a ser mi ruina! —se lamentó, pero para entonces ya Helena estaba abriendo la puerta de un atóbil, estacionado frente a ellos.

CAPÍTULO V



ÍJATE bien en el emplazamiento de este restaurante

—¿Y podremos comer también? —inquirió, pues se sentía hambriento después de varias horas de una desenfrenada carrera con el atóbil, huyendo sin cesar de los hesianos.

Ella asintió.

—Desde luego, pero lo haremos en un lugar donde no podamos ser observados. Hasta que se efectúa la digestión, parte de los órganos del cuerpo se hacen visibles y esto no nos conviene.

—Muy bien —murmuró Cedric—; entonces, cuanto antes lo hagamos, mejor para todos.

El restaurante situado al borde de la autopista se hallaba completamente desierto a aquellas horas de la madrugada. En tiempos había sido una próspera estación de servicio, pero desde que se descubrió el modo de encerrar la energía atómica en pequeños y manuables recipientes, los postes de gasolina habían ido cerrando unos tras otros y sólo quedaban, como reliquias de aquel pasado de motores de explosión, los restaurantes adjuntos a los mismos, con una cada vez más ínfima clientela, debido a las crecientes velocidades de los atóbiles.

Por todo esto Cedric se sentía razonablemente pesimista acerca del extraño botín que iban a encontrar en la caja registradora del establecimiento. No tenían ni un céntimo y de alguna manera habían de procurarse el numerario preciso para sus necesidades, hasta tanto viniesen mejores tiempos. Ya había grabado en su mente la situación del restaurante y, por supuesto, apenas pudiera, le reembolsaría de todo cuanto le despojasen ahora.

El interior estaba brillantemente iluminado. Precavidamente, habían dejado el atóbil a unos cuantos cientos de metros de distancia, para que no lo vieran llegar sin, aparentemente, nadie a bordo e infundir sospechas que estaban dispuestos a evitar a todo precio.

Resuelto, pues, a actuar, el joven avanzó, seguido de cerca por Helena, dirigiéndose en primer lugar hacia la caja registradora, en tanto que ella se situaba en la puerta de acceso a la parte posterior, vigilando para evitar desagradables sorpresas.

Cedric abrió la caja, encontrando en total un par de centenares de «garants». Hizo una mueca de decepción, dándose cuenta de que les iba a ser muy difícil renovar su vestuario con tan pobre botín. Al tacto, buscó la abertura de la malla y situó allí los billetes, dejando de lado las monedas por dificultades de transporte.

Después buscó una bolsa, hallándola. Arrolló en ella unas cuantas latas de conserva, concluido lo cual siseó a la muchacha.

—Ya está, vámonos —dijo en tono apenas audible.

Helena se le reunió y los dos se dirigieron a paso rápido hacia la puerta.

Pero antes de llegar, tuvieron un pequeño contratiempo. Poco acostumbrado a la invisibilidad de su cuerpo, Cedric no supo calcular bien el terreno y golpeó una silla con la rodilla; la silla cayó al suelo con estrépito, al mismo tiempo que se le escapaba una sonora imprecación.

—¿Quién anda ahí? —rugió una voz desde el interior.

—¡Aprisa! —le urgió la muchacha—. ¡Nos van a pescar!

Conteniendo difícilmente sus dolores, Cedric aceleró el paso, pero no mucho, ya que estaba todavía en desventaja por su lesión de tobillo. En el momento en que iban a franquear el umbral de la puerta, un hombre apareció en el extremo opuesto, armado con una viejísima pero no por ello menos eficaz escopeta de dos cañones.

El dueño del restaurante vio dos cosas: un manojo de billetes que, aparentemente, flotaban en el espacio, y una bolsa llena de comida que se movía sin que nadie la sujetase. Poco creyente, sin embargo, en fantasmas de ninguna especie, pensó quizá en que era algún nuevo truco empleado por los asaltantes que en más de una ocasión le habían molestado y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se echó la escopeta a la cara.

—¡Al suelo! —gritó Cedric, comprendiendo el peligro que corrían.

Lo hicieron oportunísimamente, porque un segundo después pasó por encima de sus cabezas una turbonada de perdigones que hicieron añicos una de las vidrieras.

Todavía vibraban en sus oídos los ecos del doble estampido cuando Cedric se puso en pie y gritó:

—¡Larguémonos! ¡Esto se pone al rojo vivo!

Saltando y renqueando, echó a correr, sin saber si Helena le seguía o no, ya que carecía en absoluto de posibilidades de verla. Aprovechó los momentos que perdía el dueño del establecimiento en recargar el arma y se sumió en pocos momentos en las protectoras tinieblas que rodeaban al restaurante.

A favor de la oscuridad llegó al atóbil, que habían dejado previsoramente a un lado de la autopista. La circulación era prácticamente nula en aquellos momentos, pero para evitar enojosos accidentes, lo habían sacado fuera de los canales de tránsito, dejándolo sobre sus patas sustentadoras, oculto tras un espeso grupo de matas que bordeaban la ancha autopista.

Abriendo la portezuela, se sentó junto al poste de conducción. A lo lejos empezaba a clarear y poco a poco la circulación iba aumentando.

No tardó mucho en llegar la muchacha. Cedric lo supo cuando vio que se abría la puerta.

—¡Hola! ¿Estás bien?

En el primer momento, ella dio un gritito de susto, pero se repuso al instante.

—Sí, perfectamente... pero con mucho apetito.

—Bien, pues aquí tenemos con qué saciarlo. Mira, hay carne, galletas, fruta. Hasta cigarrillos y fósforos que he traído. ¿Qué te parece?

—¡Magnífico! —aprobó la muchacha—. Aunque sea con los dedos, vamos a disfrutar como Lúculo.

Más tarde, cuando habiendo saciado su apetito, encendieron un cigarrillo, ella se recostó en el asiento, cosa que advirtió Cedric por el hundimiento del acolchado, y lanzó un suspiro.

—Si no fuera por esos endiablados hesianos, me sentiría feliz por completo, Cedric.

Era curioso, observó el joven, ver cómo los alimentos se iban diluyendo lentamente en el cuerpo, haciéndose invisibles poco a poco. El humo aspirado era visible también y su paso se registraba en los bronquios, como en una radiografía en movimiento.

Pero dejó tales consideraciones a un lado. Después de todo, él también se sentía cansado y, sin poderlo evitar, dobló la cabeza a un lado y se durmió.

Al despertar, varias horas más tarde, el sol le daba de lleno en los ojos. Parpadeó, hasta acostumbrarse a la claridad y luego, de modo completamente instintivo, estiró los brazos.

Lo hizo, pero se quedó rígido, en tal postura, con un frío sudor brotándole al instante por todos los poros de su epidermis.

¡Helena no estaba en el coche!

Saliendo de su momentánea estupefacción, se volvió, tanteando a ciegas por todas partes en el interior del vehículo, sin conseguir encontrar a su compañera.

—¡Helena! —gritó, sin obtener respuesta alguna.

Alarmadísimo, abrió la portezuela y saltó fuera. El coche estaba bien oculto a la vista de los numerosos vehículos que zumbaban de continuo por la vecina autopista, por lo que, casi instintivamente, encaminó sus pesquisas en sentido opuesto.

Gritando el nombre de la muchacha de vez en cuando, recorrió unos doscientos metros, hasta hallarse repentinamente ante una falla del terreno.

Era una especie de cortadura de unos diez metros de altura, por cuyo fondo corrían las mansas aguas de un riachuelo de escasa anchura. La temperatura era elevada y los ardorosos rayos del sol y la frescura de la corriente se conjugaron en el ánimo del joven, sugiriéndole de modo instantáneo la idea de un buen baño, cosa que, por otra parte, le estaba haciendo buena falta.

Pero casi instantáneamente percibió un extraño remolino en el centro del arroyo. Allí las aguas se movían sin motivo alguno que lo justificase.

Al momento comprendió lo que sucedía. Helena se le había anticipado y estaba bañándose. Buscó con la vista algún lugar accesible a la orilla y no tardó en hallarlo.

La malla que vestía se hizo visible al desprenderse de ella. Sin vacilar, se adentró en el agua y comenzó a nadar con vigorosas brazadas en dirección a donde antes había visto agitarse la corriente.

Que su proceder había sido el acertado se lo confirmó un ahogado gritito que sonó muy cerca de sus oídos.

—¡Cedric!

—Podías haberme despertado —gruñó él, haciendo pie, pues la profundidad no era tanta que el agua lo cubriese enteramente.

—Roncabas tan a gusto —rió ella.

—Yo no he roncado jamás —refunfuñó Cedric, de mal talante—. Vamos, hemos de irnos de aquí cuanto antes.

—¿Para qué? ¿Qué prisa tienes? Verán un atóbil que marcha sin ser conducido por nadie y esto hará entrar en sospechas a mucha gente. Hasta que no se haga de noche no podemos arriesgarnos a movernos de aquí.

—Está bien, siempre acabas por tener razón —contestó él, entregándose de nuevo a los placeres de la natación, hasta que un cuarto de hora después, sintiéndose un tanto fatigado, salió a la orilla, poniéndose de nuevo la malla.

A unos metros de distancia vio la de la muchacha levantarse sola en el aire. La malla de Helena se distendió cuando ella empezó a meter su cuerpo dentro del tejido y luego, a medida que iba subiendo, se invisibilizó hasta desaparecer del todo.

Luego oyó un ruidito especial y una queja de la muchacha.

—Se nos olvidó haber cogido un peine.

—¿Para qué? Si nadie te puede ver, ¿qué importa tu aspecto?

—No lo comprenderías —repuso ella.

Después guardaron silencio. Pasaron unos minutos así.

De pronto, Cedric hizo una pregunta:

—¿Qué ocurriría si los hesianos lograran atraparte?

—Simplemente, me llevarían a su país.

Él se extrañó.

—¿Por qué?

Helena calló unos momentos. Luego, dijo, con un suspiro claramente perceptible.

—Creo que ya es hora de que lo sepas, Cedric. Después de todo, es tontería mantener en secreto algo que muy pronto quizá dejará de serlo.

El joven intuyó que había llegado el momento de las revelaciones y no quiso interrumpir las explicaciones de Helena. Ésta, tras corta vacilación, prosiguió:

—Cedric, respóndeme; ¿qué dirías tú si se hubiera descubierto un medio de reducir notablemente el tiempo de los viajes interestelares, a la vez que el coeficiente de seguridad en la orientación aumenta en un ciento por ciento?

—¡Caramba! Pues... diría que era algo maravilloso, Helena. Francamente hablando, ya lo es el hecho de poder recorrer distancias increíbles, que antes parecían fuera del alcance de los hombres, pero... ahora, sería estupendo. Una de las cosas que más me gustaron en la universidad fue la Historia de la Astronáutica y aterra pensar cómo aquellos hombres fueron tan valientes en lanzarse al espacio con unas naves cuyo sólo aspecto nos infunde ahora risa y lástima a un tiempo.

—Aquellos hombres que tú dices —repuso ella grave—, pusieron los cimientos de lo que hoy es una gran ciencia, Cedric. Sus naves eran pesadas y antieconómicas, comparadas con las actuales. Para desplazarse de la Tierra a la Luna o a Marte, pongamos por ejemplo, contaban con unos aparatos de un peso fabuloso, los cuales consumían una cantidad fantástica de energía, de la que se aprovechaba apenas un poco más del cinco por ciento producido. Hoy, las actuales naves interestelares nos llevan a las más distantes estrellas en un tiempo relativamente breve, aprovechando la energía producida en un sesenta o un setenta por ciento.

«Pero aun así se desperdicia en los viajes demasiado tiempo y demasiada energía. Para viajar, por ejemplo, de la Tierra a Canopus, se necesita, lo primero dar un salto a las inmediaciones de Alfa del Centauro, de aquí en un zigzag completamente absurdo, a Sirio, de Sirio a Arturo y así sucesivamente hasta alcanzar el punto de destino. Además, entre transición y transición, es preciso dejar pasar algún tiempo, en tanto se repone la energía consumida, navegando forzosamente a velocidades sublumínicas. Total, que el citado viaje nos insume, como sabes bien, de tres a cuatro meses como mínimo.

«Por otra parte —prosiguió la muchacha—, está la cuestión meramente sicológica. No todas las personas soportan bien las incomodidades de un viaje espacial. Las hay propensas a la claustrofobia y por bien acondicionada que esté, una nave no es un espacio abierto, como éste en que nos hallamos. Esas personas se resienten, enferman y pueden llegar a la locura, si no a la muerte, antes de concluir el viaje. Tú sabes bien que no es el primer caso que ocurre y que un viajero, aparentemente sano, a los dos días de emprender la marcha, enferma, y ello constituye indudablemente un pesado lastre para el buen gobierno de un aparato. Queda el recurso de la hibernación o suspensión de la vida animada, pero tampoco son muchos los que lo utilizan, debido principalmente a motivos sicológicos. ¿Qué hacer, pues?

—Abreviar el tiempo de estada en el espacio —contestó Cedric.

—Justamente. Eso es lo que han tratado de hacer siempre todos los especialistas, sin conseguirlo más que de una manera muy parcial. Ahora bien, en Cortel, a pesar de nuestro relativo atraso, nuestros científicos han descubierto un modo de reducir el tiempo de viaje, de tal forma, que una vez se haya puesto en práctica, podrá irse de la Tierra a Canopus, o quien dice a Canopus, a la estrella más alejada de la galaxia, de un solo tirón, sin necesidad de saltos ni transiciones intermedias, aprovechando, además, de modo absolutamente íntegro, toda la energía producida por las máquinas de la

cosmonave.

Cedric lanzó un silbido.

—¡Eso es algo fantástico! —exclamó.

—Lo es. El viaje anteriormente citado podrá reducirse a menos de la cuarta parte, navegando durante todo el tiempo en el subespacio, una vez se haya salido de la atmósfera terrestre. Claro que entonces no se disfrutará del espectáculo del cielo estrellado, pero esto, a la mayoría de la gente, le importa un ardite, lo que todos quieren es llegar cuanto antes a su destino. Esos quince días se vivirá en una especie de atmósfera gris, sin relieve ni detalles, al cabo de los cuales se habrá llegado al fin del viaje, apareciendo a la vista de los planetas de Canopus con la misma precisión que si se fuera (si ello pudiera hacerse) por métodos ordinarios.

«Por otra parte, el sistema de orientación elimina de modo absoluto los errores. Claro es que siempre los habrá, como en toda máquina construida por la mano del hombre, pero los cálculos más pesimistas dan una posibilidad de errar contra los aciertos contenidos en una cifra que es la unidad seguida de diecinueve ceros.

Cedric se estremeció.

—¡Diez trillones! —exclamó, tras breve cálculo.

—Exactamente. Diez trillones. Esa es la proporción; de modo que, prácticamente, el error en la orientación es imposible. Como ves, un sistema fantástico de viajar, que abre novísimas posibilidades al transporte interestelar, tanto de personas como de mercancías, con el aditamento de que no será necesario desechar las actuales naves, sino que bastará hacer en ellas algunas modificaciones que las pondrán en condiciones de utilizar nuestro nuevo método de navegación astral. Y, además, las nuevas astronaves que se construyen, podrán ser diez veces mayores, con lo cual su capacidad de carga aumentará enormemente. El intercambio mercantil crecerá desmesuradamente y esto, no cabe la menor duda, traerá un gigantesco incremento en el intercambio de todo género entre los pueblos de la galaxia.

—Desde luego. Lo que no entiendo —objetó el joven—, es por qué esos hesianos te persiguen tan encarnizadamente. Si ese sistema de navegación ha sido inventado por los científicos de Cortel, ¿por qué no asaltan directamente vuestro planeta?

Ella sacudió la cabeza.

—No se atreven a hacerlo, temerosos del conflicto que podría acarrearles. Un ataque a Cortel, por parte de los hesianos, significaría la destrucción completa de su mundo, puesto que no ignoras que hay armas capaces de convertir en polvo un planeta. No pueden destruir previamente a Cortel porque entonces matarían a mis científicos, y tampoco lo van a destruir una vez que (démoslo por hecho), hayan conseguido raptarlos.

—¿Entonces... cuál es el objeto de tu viaje a la Tierra?

—El descubrimiento se ha hecho en forma fraccionada. Es decir que en su elaboración han intervenido varios sabios, a cada uno de los cuales le

correspondió una parte del trabajo. Raptar a uno sin los otros es empresa vana, porque este uno no podría completar el resto de la labor. En cambio, yo poseo juntos todos los resultados que, unidos dan la fórmula, y soy la única persona, además, en toda Galaxia que lo sabe.

—¿Y... y dónde está la fórmula? —preguntó Cedric con un hilo de voz.

El joven no pudo ver el gesto de Helena, pero la muchacha se había señalado la frente con su dedo índice.

—Aquí —dijo—. Bueno, dentro de mi cabeza. Ya teníamos noticias —agregó—, de que los hesianos pretendían hacerse con el descubrimiento, por lo que entonces y de común acuerdo con los componentes de mi gobierno, decidí actuar. Cada uno de los sabios me entregó el resultado de sus trabajos, debidamente contrastados y comparados con los de los demás y, obvio es añadirlo, comprobado de modo riguroso en el terreno de la práctica. Entonces yo me sometí a unas cuantas sesiones de hipnopedia o enseñanza durante el sueño y me aprendí la fórmula de corrido. No hay papeles ni documentos de ninguna índole que puedan comprometerme y sólo se podrá saber el resultado de tales investigaciones si yo quiero.

—Pero se corre el riesgo de que se apoderen de tus científicos y les obliguen a decir a cada uno de ellos lo que saben.

—Los hesianos tienen terminantemente prohibido el acceso a Cortel. Hay órdenes severísimas de disparar contra ellos o sus naves sin previo aviso. No —añadió Helena, moviendo la cabeza, sin darse cuenta de que Cedric no podía verla—, no lo harán así; son demasiado listos para ello, una idea de lo cual puede dártelo el que hayan logrado averiguar que yo soy la única poseedora de tal fórmula. Sólo les quedo yo como último recurso y si consigo librarme de ellos, habrán perdido la partida.

—Pero entonces no comprendo los motivos de tu estancia en la Tierra. ¿Por qué no os habéis lanzado a construir naves inmediatamente después de inventado ese nuevo método astronáutico?

—Es muy sencillo: en Cortel no somos lo ricos que se cree ni, además, poseemos una industria capaz de poner en funcionamiento varios centenares de cosmonaves dotadas de los nuevos dispositivos. Las que poseemos son compradas en distintos astilleros de la Galaxia, los de la Tierra entre ellos. Vine aquí creyendo que iba a pasar más desapercibida, ya que vuestro planeta pertenece a un subsistema de Centauro, de poco relieve en las relaciones interestelares.

—Si te oyera el gobierno de mi planeta... —comentó el joven.

Pero ella no hizo caso de la objeción. Se puso en pie.

—Vámonos. Hemos de continuar. Dentro de un par de días espero recibir un mensaje en el que se me diga que el gobierno de Cortel ha encontrado los fondos necesarios para financiar la construcción de un par de cientos de astronaves dotadas del nuevo método de navegación. Entonces tendré que revelar la fórmula.

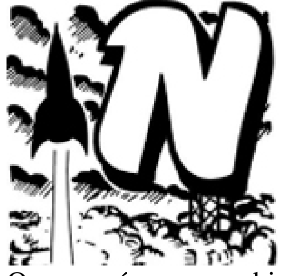
—Pero habiéndola patentado previamente.

—Por supuesto. Ya digo que mi país no es rico y que los derechos que se obtengan de la explotación de la patente nos servirán de mucho. Cortel es aún un planeta poco desarrollado y mi obligación, como su reina, es atender a mejorar el nivel de vida de sus habitantes.

El joven asintió. Le agradaba infinito la forma en que había hablado Helena, sencilla, sin estridencias, pero llena de un intenso cariño al lugar que la había visto nacer y capaz de los mayores sacrificios por él y sus habitantes; y en su fuero íntimo se prometió ayudarla hasta el límite extremo de sus fuerzas.

Emprendieron el regreso. Ya la tarde empezaba a declinar, pero todavía había mucha luz en el ambiente. Esto les permitió darse cuenta de que el atóbil había desaparecido.

CAPÍTULO VI


O se veían, pero hicieron el gesto de mirarse mutuamente, de modo automático. Estaban aturdidos, desconcertados.

—No está —dijo ella.

—¡Psst...! Habla, bajo, no grites.

Cedric tomó a tientas la mano de la muchacha y luego tiró de ella, situándose tras unas matas, desde las cuales podían observar el antiguo emplazamiento de su vehículo así como buena parte de la autopista, en aquel momento muy frecuentada por un intenso tránsito.

—¿Qué es lo que pretendes hacer? —inquirió Helena.

—Esperar. Si realmente han sido ellos los que se han llevado nuestro coche, no dejarán de investigar por los alrededores a ver si pueden apresarnos.

—¿Y si ha sido la policía caminera, advertida por el dueño del atóbil? —objetó la muchacha.

—Entonces tendremos que quedarnos aquí hasta que se haga de noche. En el atóbil —añadió Cedric con amargura—, estaban la comida y el dinero y otra vez nos vemos reducidos a la indigencia más absoluta.

Después de aquel breve, intercambio de palabras, guardaron unos minutos de silencio. Escucharon atentamente, sin conseguir oír otra cosa que el rumor del viento al mover las hojas de los árboles o los acentuados silbidos producidos por los vehículos al cruzar no lejos de ellos a toda velocidad.

Pasaron diez largos, inacabables minutos. Súbitamente, un leve ruidito hizo alertar todos los sentidos del joven.

Su mano oprimió con fuerza el brazo de Helena.

—Ya están ahí —le cuchicheó al oído.

Ella asintió, sin moverse del sitio en que estaban. Aguardaron unos segundos más y, de pronto, de tal forma que casi les sobresaltó, un rostro de acentuado color verdoso, apareció ante ellos.

Era curioso, pensó Cedric, tener a dos metros de distancia a uno de aquellos forajidos, mirándole a la cara sin que pudiera verle. El individuo avanzaba como un ciego, a tientas, extendiendo brazos y manos para poder tocar todo cuanto veía de sospechoso, tratando de hallar a los fugitivos al tacto, ya que no podía hacerlo de otra manera.

Cedric estudió al individuo. El hesiano vestía normalmente, pero su cintura iba ceñida por una estrecha banda de cuero negro, de la cual pendía, por uno de sus lados, una especie de pistolera, donde, seguramente, guardaba una pistola térmica. En el otro se veía una especie de cartuchera de forma oblonga, cuyo objeto, de momento, no supo comprender el joven.

Más a lo lejos se oían ruidos delatadores de que no era uno solo el que los buscaba. Pero a los otros no los veía y sí a éste que tenía frente por frente, a tan corta, distancia.

El hesiano avanzó, golpeando con las manos las ramas del matorral. Siéndole imposible pasar por en medio del mismo, se desvió a un lado, con el fin de situarse al otro lado.

Éste fue el momento que Cedric eligió para actuar. Rodeando al individuo, le asaltó por detrás de un modo súbito, completamente imprevisto.

Su brazo izquierdo rodeó la garganta del forajido, oprimiéndola con terrible fuerza y cortando en flor el grito apenas nacido. Apretó vigorosamente el cuello de su antagonista, cuyo rostro empezaba a amoratarse y luego le golpeó con fuerza detrás de la oreja.

Los músculos del hesiano se relajaron súbitamente. Cedric depositó en el suelo al individuo, haciéndolo con suavidad y silencio, y luego le registró rápida y minuciosamente.

Estuvo a punto de lanzar un grito de alegría al ver que aquello que había tomado por una cartuchera estaba lleno de suculentos billetes de banco. «No se privan de nada estos condenados», comentó para sí en silencio, apoderándose del dinero.

Después le tomó la pistola térmica y se deslizó hacia el lugar donde había dejado a la muchacha.

—Helena —siseó.

Una mano le tocó el cuerpo. Cedric se apoderó del miembro y luego, tirando de ella, se encaminaron hacia la autopista.

—Ya tenemos lo que más nos interesa por el momento: dinero —dijo, en tanto se acercaban sigilosamente al borde del camino.

—Mira —exclamó la muchacha—, ahí está nuestro atóbil.

—Y al lado el de ellos —comentó amargamente el joven.

—Sólo hay un hesiano vigilándolo.

—Al cual habremos de inutilizar previamente si queremos conseguir algo positivo. Toma, guarda el dinero. Yo voy a...

Cedric se deslizó sigilosamente hacia uno de los lados y, antes de que el forajido pudiera ver una pistola que parecía volar sola por los aires, se le acercó por detrás. Hubo un seco chasquido, consecuencia del choque de metal contra huesos y luego el hesiano se desplomó al suelo, convertido en una masa inerte.

—Ahora nos vamos a largar de aquí cuanto antes —dijo, abriendo la portezuela del atóbil de los hesianos—. Pasa.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—Antes tengo, que hacer una cosa. Aguarda un minuto.

Cedric se dirigió hacia el otro vehículo, precisamente el mismo que habían robado y, sin el menor escrúpulo, le soltó un par de descargas térmicas, inutilizándolo por completo. Luego volvió corriendo hacia donde estaba la muchacha.

—Así no podrán seguirnos —dijo, sentándose ante el puesto de pilotaje.

Dio el contacto y situó el atóbil sobre uno de los canales de tránsito, desapareciendo de allí en contados segundos. Se imaginó la cara que pondrían los hesianos al ver que los fugitivos se les habían escapado una vez más y no pudo evitar echarse a reír, comunicando a Helena su hilaridad.

A la noche tuvieron que repetir la faena de la precedente para hacerse con algo de comida. Llevaban ya veinticuatro horas invisibilizados y habían de pasar dos días más antes de que su cuerpo recuperase su apariencia normal.

El alba les sorprendió a unos cuantos centenares de kilómetros del lugar donde tuvieron el encuentro con los hesianos. Decidieron descansar, aun corriendo el riesgo de verse sorprendidos por sus perseguidores y, estacionando el atóbil en un lado de la autopista, se echaron a dormir fuera de él, sobre un terreno situado a la sombra de unos árboles, cubiertos enteramente de césped.

Pasaron allí el día y reanudaron su camino al atardecer, aproximándose poco a poco a la capital. Por la radio del coche se enteraron de que el secretario Chibbs, dejando de lado al fin todas sus reservas, había lanzado la alarma sobre la desaparición de Helena.

«... y hasta el momento actual —decía el locutor—, no se tienen noticias de la pareja. Su Majestad la reina de Cortel desapareció misteriosamente el mismo día de su llegada, junto con el funcionario encargado de la recepción, Cedric Gillespie, sin que se haya podido averiguar nada de su paradero. Algunos temen que la pareja haya sido objeto de algún fatal accidente; un par de atóbiles se han desintegrado en las últimas semanas, junto, naturalmente, con los cuerpos de sus ocupantes. No faltan quienes opinan que los han raptado, para exigir un elevado rescate por la bellísima reina y también se sustenta la hipótesis de que dicho rescate sea el objetivo del mencionado empleado de la Secretaría de Asuntos Espaciales...»

Cedric cerró la radio, muy irritado.

—¡Vamos! —refunfuñó—. Sólo faltaba esto: que me acusaran a mí de secuestrador.

—Muchos envidiarían tu suerte —rió ella, con argentinos tonos.

—Desde luego, no en estos momentos —masculló Cedric, el cual, a continuación, inquirió—: Bien, ¿y cuáles son tus planes para la próxima noche?

Ella guardó silencio, concentrándose en la respuesta que había de dar.

—Tendríamos que aguardar —contestó al fin—, a que nuestros cuerpos recuperasen su aspecto normal, lo que sucederá mañana a estas horas.

—¿Y después?

—Ya no podemos esperar más tiempo. Con hesianos o sin ellos, he de entablar las primeras conversaciones para la construcción de la nueva flota corteliana.

Cedric comentó:

—La «Spatial Engineering» es una firma muy acreditada en esta clase de trabajos. Prácticamente es ella la que suministra las cosmonaves al gobierno de la Tierra.

—Entonces iremos a ver a la «Spatial Engineering». Pero antes tendré que pasarme por el Banco Intergaláctico.

—¿Para qué?

—No se puede hacer un encargo sin un mínimo de garantía monetaria, ¿verdad? Los directivos de esa compañía constructora me exigirán hacer un depósito como garantía del pago definitivo.

—Bueno, me parece muy bien, pero ¿por qué no lo hiciste apenas llegaste a la Tierra?

—Pues porque entonces carecíamos de la suma necesaria. Y aún ahora no estoy segura de que la hayan obtenido. Nuestra moneda tiene un valor bastante bajo en comparación con el «garant» terrestre, ¿comprendes?

Cedric asintió; después dijo:

—Tengo algunos conocidos en la «Spatial». Quizá, a la vista de tu fórmala, quisieran concederte un crédito.

—No estaría mal. Quizá sea una buena idea, Cedric. La tendré en cuenta.

Tal como Helena había predicho, al atardecer del día siguiente, empezaron a hacerse visibles sus cuerpos.

Cedric notó el picor que ya había advertido al recibir la inyección y comprendió que estaba a punto de recobrar su aspecto normal. Se sentó en el suelo, divisando frente a él una forma tenue, apenas diferente de la atmósfera y que, poco a poco, iba acentuando los detalles.

El joven había esperado ver algo raro. Había leído «El hombre invisible», de Wells, y por unos momentos, al igual que en esta obra, esperó ver primero la red venosa de la muchacha, luego los nervios y por último el resto del cuerpo, pero aquí no ocurrió nada parecido. Toda la anatomía de Helena, y por tanto la suya, se hicieron visibles casi de golpe, como si antes no existieran y alguien los hubiera podido crear de la nada.

Cuando, unos minutos más tarde, hubieron recobrado su aspecto normal, Cedric se recreó en la contemplación de la singular belleza de la joven. Helena le miró, sonriendo de modo encantador, más bella que nunca, enfundada en aquélla malla que hacía resaltar las finas líneas de su cuerpo.

—Y bien —dijo ella—, henos aquí, convertidos nuevamente en personas.

—Sí, da gusto...

Cedric se interrumpió de repente, abriendo mucho los ojos.

—¿Qué te pasa? —inquirió ella, alarmada.

—Nada... excepto que debieras tener un espejo a mano.

—¿Eh? ¿Por qué lo dices?

—Esa droga tuya de la invisibilidad tiene curiosas propiedades. Por ejemplo, devolvió a tus cabellos el tono que tenían antes de inyectártela y tu piel ha perdido el color tostado.

Helena lanzó un grito de susto, al mismo tiempo que se llevaba las manos a la cabeza, tocándose los cabellos de modo instintivo.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Es cierto eso que me estás diciendo?

—Luego lo podrás comprobar, si quieres, en el retrovisor del atóbil. Pero ahora, fisonómicamente hablando, vuelves a ser la de antes.

Ella frunció el ceño.

—Esto no deja de ser un contratiempo.

—¿Qué puede importarte? ¿No dices que mañana piensas ir al Banco Intergaláctico? Allí tendrás que identificarte de todas formas.

—Tienes razón —murmuró ella, un tanto desalentada—. Pero me hubiera gustado pasar desapercibida hasta el último momento.

Cedric se encogió de hombros.

—Bueno, la cosa ya no tiene remedio, de modo que, ¿a qué preocuparse? Mira, aquí quedan todavía un par de latas de conserva y vamos a aprovecharlas.

Cenaron con buen apetito, pese al contratiempo que suponía que la joven hubiese recobrado su aspecto normal y luego se dispusieron a descansar un rato, antes de continuar el viaje.

A las nueve en punto de la mañana siguiente estaban ante las puertas de unos grandes almacenes de la capital. Helena se dirigió a la sección de ropas de señora y el joven lo hizo a la de hombres.

Media hora más tarde, se habían vestido en forma normal y se reunieron en el vestíbulo de los almacenes. Helena se había comprado un bolso en el que metió las mallas que hasta entonces les habían servido de única indumentaria, después de lo cual tomaron la dirección del Banco Intergaláctico.

El joven detuvo el atóbil en el lugar destinado a estacionamiento, situado a un par de manzanas de distancia del edificio del banco. Desde allí caminaron a pie.

Penetraron en el edificio, dirigiéndose a la ventanilla correspondiente. Un funcionario les atendió, con gesto hastiado.

—Me llamo Helena de Cortel —dijo ella—. Quisiera saber si ha llegado a mi nombre un crédito de trescientos cincuenta millones de «garants».

El empleado respingó al oír la cifra. Miró a la joven con ojos desorbitados y luego balbuceó unas cuantas palabras inconexas.

—¡Vamos! —le urgió ella, impaciente—. No se esté ahí como un pasmarote y busque entre sus papeles. Tengo mucha prisa, ¿sabe?

El hombre se aturdió y revolvió toda la documentación que tenía al alcance de la mano. Después, con el rostro de mil colores, tartamudeó:

—¡Pe...perdóneme us...usted! He de... es una cifra muy elevada y... Voy a consultarlo con la gerencia del banco... Por... por favor, un momento tan sólo... Excúseme.

Cedric arrugó el entrecejo.

—Esto no me gusta —dijo, y acarició la pistola térmica que llevaba oculta, pendiente de una funda axilar que había adquirido en los almacenes.

—¿Por qué?

—Tiene todo el aire de una trampa. Si nos cogen...

Encendió un cigarrillo para disimular. El enorme vestíbulo del banco, muy concurrido a aquellas horas, estaba lleno de gente de todas las razas galácticas que iban y venían a sus negocios, lo cual impedía que el joven pudiera mantener una eficaz vigilancia sobre las puertas de acceso al banco, cosa que aumentó su nerviosismo más todavía.

Consumió su cigarrillo con rápidas chupadas. Lo tiró y volvió a encender otro casi seguido, y entonces fue cuando el empleado apareció, precediendo a un caballero de imponente aspecto, que se inclinó reverentemente delante de la muchacha.

—Perdonadme el retraso, Majestad —dijo—. Soy Gillings, Gerente General del banco y estaba en una reunión importantísima, para la cual había dado órdenes, estrictas de que no se me interrumpiera. Pero al fin...

—Todo eso no me interesa en lo más mínimo —contestó la muchacha fríamente—. Lo que quiero saber es si ha llegado el crédito de trescientos cincuenta millones de «garants» de que he hablado antes a su funcionario.

—Oh, por supuesto que sí, Majestad. Pero a Vuestra Majestad no puede atendérsele en la ventanilla como a un cliente cualquiera. Si Vuestra Majestad tiene la bondad de acompañarme a mi despacho...

Ella consultó con la vista al joven y éste se encogió de hombros. Los dos echaron a andar, precedidos por Gillings, el cual no cesaba de hacer zalemas y reverencias, y se encaminaron al despacho de este último.

Un servicial ordenanza les abrió la puerta. Cedric dejó pasar a Helena y luego él cruzó el umbral.

Y apenas lo había hecho, media docena de hombres les rodearen de tal forma que pronto pudo advertir el joven que no tenían la menor posibilidad de escapar.

CAPÍTULO VII



L helado silencio que reinaba en la estancia fue roto primero por un ligero tabaleo de los dedos y luego por la voz del secretario Chibbs.

—¿Y bien? ¿Ha pensado ya usted en las explicaciones que ha de darme para justificar su injustificable conducta, Gillespie?

—No, señor —contestó el joven con firme voz—; no tengo ninguna explicación que darle. Los hechos se justifican por sí mismo, señor.

Chibbs le miró con enojo.

—¿Está usted seguro, Gillespie? —tronó el secretario,

—Antes de seguir adelante, me gustaría saber si usted ha hablado ya con Su Majestad.

—No me hace falta. Lo que ha sucedido habla por sí solo. Más de un mes desaparecido por esos mundos de Dios con la reina de Cortel. ¡Qué escándalo! ¿Para qué se cree que le enviamos a usted junto a su Majestad?

—Para acompañarla mientras durase su estancia en la Tierra, señor. Y puedo decirle, que no nos hemos separado más que lo estrictamente necesario para mantener el decoro y las buenas formas.

—Pero se han estado ocultando constantemente, de tal modo que nadie, hasta hace unos momentos, ha sabido dónde se encontraban. Y de no haber sido por el gerente del banco, todavía estaríamos persiguiéndoles en vano.

—Lo cual dice muy poco en favor de los agentes que usted ha empleado, señor.

El rostro de Chibbs se congestionó.

—¡Cualquiera puede hacer lo mismo que ustedes si se lo propone! Pero usted no tenía que andar escondiéndose en unión de la reina, como si los dos fueran unos peligrosos malhechores. Su misión consistía en acompañarla por todas partes, haciendo de su viaje una intensa publicidad en todos los sentidos. ¿Era ocultarse lo que requeríamos de usted, Gillespie?

—Sí, señor.

—¡Cómo!

—Repito que sí, señor. Ustedes me enviaron a ponerme incondicionalmente a las órdenes de su majestad. Y yo me he limitado a obedecerlas ciegamente en todo momento. ¿Qué quería que hiciera si ella me

ordenaba callar?

—Para eso le enviamos a usted, para aconsejar y guiar a Helena durante su estancia en nuestro planeta. ¡Valiente consejero nos resultó usted!

—Yo no tengo la culpa de que me enviaran a mí en lugar de a un funcionario competente. Si me asignaron ese servicio fue porque, según sus propias palabras, señor, soy «un cabeza hueca». ¿Qué resultados, pues, podía esperar de mí?

Chibbs enrojeció a causa de la poco velada acusación. Pero no por ello dio su brazo a torcer.

—Hay cosas —dijo—, que aun el más lerdo las comprende. Usted debía haber intentado convencer a la reina de que esa no era la actitud más apropiada para permanecer en nuestro planeta. ¿Por qué no lo hizo?

Cedric dijo pacientemente:

—¿Por qué no va usted y le dice que se dirija hacia el norte? Ella irá hacia el sur, solamente por contradecirle; y si se cree que la reina es una mujer a quien pueda convencerse con media docena de palabras o un centenar de discursos, vaya y haga la prueba.

Chibbs golpeó la mesa con la mano.

—¡Pero ella tendría alguna razón para actuar así, Gillespie!

—Por supuesto que sí, señor.

—Bueno, exponga, pues, esa razón. Acaso me convenza usted y...

Cedric meneó lentamente la cabeza.

—Lo siento, señor; pero ella me hizo prometer que no se lo revelaría a nadie.

—¡Eh! —chilló el secretario—. ¿Qué está diciendo usted?

—Lo que oye, señor: no puedo decir nada sin permiso de la reina.

Los labios de Chibbs se juntaron hasta formar una delgada línea carente de color.

—Está bien, Gillespie, no lo diga si no lo cree pertinente. Sin embargo, sepa que su modo de actuar no ha sido todo lo convincente que fuera de desear en un funcionario de mi departamento, aun contando con la escasa competencia que usted posee en estos asuntos.

—Sobre ello no tengo nada que opinar; me someto a su juicio, señor.

—Por supuesto. Además, usted conoce el reglamento, ¿verdad?

Cedric palideció.

—Sí, señor —dijo, intuyendo el camino que iba a tomar el secretario.

—Ya sabe que, en casos excepcionales, puedo imponerle, según el reglamento, artículo quinientos ochenta y siete, capítulo vigesimoctavo, párrafo undécimo, un arresto de hasta seis meses. Sin embargo, y considerando las atenuantes que en su caso existen, Gillespie, reduciré la pena a la mitad.

Los puños del joven se crisparon de ira.

—¡Usted no puede hacerme eso a mí, señor! Yo no soy responsable de los actos de la reina Helena de Cortel.

Chibbs dijo:

—En cierto modo sí, porque si sus dotes naturales le hubieran servido para algo, esa ocultación tan prolongada no hubiera tenido efecto. No se hable más del asunto. Cuando haya cumplido su arresto, podrá incorporarse de nuevo a su puesto en el departamento.

—Cuando haya cumplido mi arresto —dijo el joven, con sañudo acento, mientras veía el dedo índice de Chibbs posarse sobre el timbre de llamada—, usted y el departamento pueden irse al infierno. No volveré más por aquí aunque ello me cueste pedir limosna.

Dos hombres penetraron y quedaron a ambos lados de la puerta, en actitud expectante. Oyeron las órdenes que les daban, concluidas las cuales uno de ellos se adelantó y tocó con la mano, levemente, el hombro del joven.

Cedric dio media vuelta y salió, lleno de una hirviente cólera que le rebosaba por todos los poros de su cuerpo. Los policías se lo llevaron por un ascensor lateral, por cuyo motivo no pudo ver a Helena que unos segundos más tarde salía del ascensor solamente reservado a las personas de categoría y, escoltada por media docena de serviciales funcionarios, se encaminaba con gesto rápido hacia el despacho del secretario Chibbs.

Mientras descendía, el joven meditaba profundamente. Iba a pasarse tres meses encerrado en una cárcel especial que el gobierno mantenía para funcionarios, y cuyo régimen, muy suave y atenuado, era completamente distinto del de una prisión ordinaria para reclusos acusados de delitos de tipo común. Pero ello no era obstáculo para que, con comodidades o sin ellas, permaneciese tres meses encerrado, y en esto sí que su cárcel se parecía a una común.

Pero Cedric no deseaba en modo alguno permanecer todo aquel tiempo entre rejas. Sabía los peligros que acechaban a la joven y ansiaba estar a su lado para ayudarla en la medida de sus fuerzas, aparte de que, por propia conveniencia, quería permanecer libre, ya que no estaba seguro del todo de que en su encierro no le iban a jugar los hesianos una mala pasada.

Por lo tanto, apenas vio que el ascensor llegaba a la planta baja, se dispuso a actuar. Tensó todos sus músculos y, en el momento en que la puerta se deslizaba a un lado, alargó ambos brazos.

Con cada mano cogió una de las gargantas de sus custodios. Una vez hubo ejecutado la presa, dio un par de fuertes tirones hacia atrás y los dos policías fueron derribados antes de que pudieran resistirse tan siquiera.

Todavía estaban sus guardias cayendo cuando él ya salía a todo correr, atravesando el amplio vestíbulo del edificio como una bala. La gente que había allí se apartó instintivamente para abrirle paso, temiendo algo grave, y ello facilitó la huida del joven, que en unos segundos se encontró en la puerta de la calle.

Descendió la amplia escalinata a grandes zancadas. Ante el edificio había un enorme espacio destinado mitad a jardín ornamental, mitad a estacionamiento de vehículos oficiales. Uno de ellos estaba aparcado al pie de

la escalinata y su conductor, a punto de apearse, le miró extrañado.

El joven no le dejó ni respirar. Abrió la portezuela y se coló dentro con la velocidad del rayo.

El chófer intentó protestar.

—¡Eh, oiga, usted! ¿Qué es lo que preten...?

No pudo concluir la frase. Cedric se había percatado de la coyuntura favorable que acababa de presentársele y, sin dudarlo un momento, aprovechó su propio impulso para cargar contra el hombre.

Este no pudo resistir el formidable empujón y, como tenía la portezuela entreabierta para bajarse del atóbil, terminó de abrirla, rodando luego por el suelo, pies y brazos en alto, chillando como un conejo asustado.

Inmediatamente Cedric puso en marcha el atóbil. Empujó hacia adelante el poste de mando y el vehículo arrancó como un relámpago de plata y cromo, desapareciendo de aquel lugar antes de que nadie pudiera oponerse de modo eficaz a su partida.

Entretanto, en el despacho de Chibbs, la discusión entre éste y Helena había llegado a un punto culminante, sobre todo al enterarse ella de que Cedric había sido arrestado.

Naturalmente, de los dos sólo chillaba uno: la muchacha, en tanto que el secretario contestaba en tono normal, mas no por ello menos enérgico. Helena protestaba airadamente de todo lo que les habían hecho y sus protestas arreciaron cuando Chibbs le anunció la sanción que acababa de imponer a su incompetente subordinado.

—¡Tiene usted que levantarle el arresto, secretario! —decía ella.

—Lo siento, Majestad, pero me es imposible. Condonar una sanción después de impuesta sería sentar un mal precedente y la disciplina...

Ella le interrumpió:

—¡Al cuerno usted y la disciplina! Cedric es un buen muchacho y me ha ayudado mucho durante todo este tiempo que hemos permanecido escondidos. Usted no sabe que, a pesar de todo, hemos sufrido varios atentados, ¿verdad?

—Lo ignoraba, por completo, Majestad, y estoy sinceramente apesadumbrado...

—Déjese de pesadumbres y suelte al muchacho. No me gusta presumir de lo que soy, pero si se enterca usted en su actitud, voy a tener que pensar muy mal de los terrestres y de su tan cacareada galantería. ¿O es que no se da cuenta que es una reina la que se lo está pidiendo, secretario?

—Perfectamente, Majestad. Sin embargo, el deber es... ¡Oh, dispensadme, señora!

El zumbido del interfono se interrumpió cuando Chibbs oprimió una palanquita; al mismo tiempo que con la otra tomaba un auricular. Tenía una placa visora, pero no la hizo funcionar y, después de recibir el mensaje, sólo contestó una palabra.

—Gracias —y luego colgó.

Se volvió para mirar a la joven.

—Vuestra Majestad estará al fin satisfecha. Cedric Gillespie acaba de fugarse de los guardias que le custodiaban.

La reacción de Helena fue muy distinta a la que el secretario Chibbs esperaba. La muchacha palideció intensamente.

—¡Cómo! ¿Qué Cedric se ha evadido?

—Así es, Majestad.

—¡No se esté ahí parado, hombre de Dios! ¡Haga algo! ¡Que lo busquen inmediatamente!

—Pero... ¿no deseaba vuestra Majestad su libertad? Esta es una salida magnífica para...

—¡Usted no sabe lo que se está diciendo, secretario! ¡La vida de Cedric corre gravísimo peligro si no le alcanzan pronto! ¡Haga que lo busquen por todas partes! Ofrezca una recompensa que yo pagaré, diez, cien, doscientos mil «garants», pero ¡pronto, pronto!

Aturdido por la inesperada forma de actuar de la joven, Chibbs, a su vez, lo hizo mecánicamente. Se inclinó sobre el interfono y comenzó a impartir órdenes.

* * *

Sentado en un cómodo y mullido butacón, Cedric miró con aire abstraído la copa de coñac que sostenía con ambas manos.

Se hallaba en casa de un viejo amigo, en quien confiaba plenamente y en donde se había ocultado, sabiendo que aquella relación de amistad no era conocida sino de muy contadas personas. Su amigo, Tom Snayers, profesor de astronomía en la universidad de la capital, estaba frente a él, chupando pensativamente una vieja pipa.

—Si todo lo que me has contado es verdad, Cedric —dijo Snayers—, el tal invento revolucionará por completo el arte de la astronáutica.

—No puedo asegurarte nada, Tom; me he limitado, simplemente, a relatarte lo que ella me contó. Y sólo lo he hecho en nombre de la vieja amistad que nos une, para que, si me sucediera algo, tú estuvieses al corriente de todo.

—Por supuesto que no me callaría. Sin embargo, por algún tiempo al menos, debes permanecer oculto en mi casa. Nadie sabrá que estás aquí y nadie vendrá a ganarse los doscientos mil «garants» que ofrecen por tu preciosa epidermis.

—Hay algo podrido en todo esto, Tom —murmuró Cedric—, pero no acabo de comprenderlo del todo. Tendría que realizar ciertas gestiones...

—Ni hablar —exclamó impetuosamente su amigo, abandonando por unos momentos su flema—. Aquí estás bien y tienes de todo cuanto puedas necesitar por algún tiempo. Incluso mis ropas te sirven (¿recuerdas los intercambios que hacíamos en nuestra época de estudiantes?), de modo que por ese lado no debes sentir la menor preocupación.

—Tú has engordado —sonrió el joven.

—Mi mujer —rió Snayers—. Es una fanática convencida de la cocina antigua y casi juraría que no sabe manejar el abrelatas. Ahora está en casa de sus padres, con los niños.

—¿Tienes muchos? —preguntó Cedric, pues hacía diez años al menos que no veía a su amigo.

Éste sonrió:

—Tres. Dottie, de nueve años, Carla, de siete y Tom de tres. Son unos diablillos y...

La conversación giró ahora por unos derroteros completamente innocuos. Poco más tarde, cansado y con ganas de olvidar por unas horas lo que le estaba sucediendo, Cedric manifestó sus deseos de irse a dormir.

En la puerta de la habitación de los huéspedes, Snayers le dio sus últimas instrucciones.

—No hace falta que madrugues. En la nevera encontrarás víveres para desayunar. Lo único que te pido es que luego dejes la vajilla limpia.

—De acuerdo —sonrió el joven—. Hasta mañana, amigo.

A las nueve tenía Snayers su primera clase, de modo que, a las ocho se dispuso a montar en su atóbil para dirigirse a la universidad. Lo sacó del garaje, pero entonces recordó que se había dejado la cartera en el interior de la casa.

Regresó al porche, franqueando el umbral de la puerta. Apenas lo había hecho, sintió en sus costillas el duro contacto de algo sólido y amenazante.

—No grite, no levante la voz si no quiere morir asado vivo.

Snayers no se inmutó al ver ante él a dos individuos de verdosa epidermis, uno de los cuales le registró rápida y hábilmente, en tanto que el tercero le mantenía inmovilizado y bajo la amenaza de la pistola térmica.

El registro estuvo terminado bien pronto. Entonces el hesiano retrocedió y dijo:

—Listo, Tewil.

El aludido miró con cruel, expresión al dueño de la casa.

—Cedric Gillespie está aquí —dijo.

—No sé de quién me hablan ustedes —repuso Snayers, tratando de ganar tiempo, pues harto sabía que los otros acabarían por saber la verdad.

—No diga tonterías, profesor. Somos más listos de lo que usted se piensa y también más, por supuesto, que esos idiotas policías del secretario Chibbs. Hace mucho tiempo que vamos tras su amigo y mientras, hemos investigado su vida casi desde el momento de su nacimiento. Por lo tanto, como puede comprender, no tiene ningún mérito el que hayamos supuesto que Gillespie pudiera hallarse aquí.

—Una suposición muy correcta —dijo el profesor—, si fuera verdad.

La boca de Tewil se torció en una perversa sonrisa.

—Eso lo vamos a ver ahora mismo. ¡Camina delante de nosotros y no intentes gritar o te chamuscamos el pellejo!

Snayers obedeció en tanto lanzaba un suspiro de resignación.

—Por visto, las películas de «gangsters», tienen infidencia hasta en los más remotos rincones de la Galaxia. Pero, desde luego, no os contratarían como extras siquiera; estropearíais el celuloide constantemente.

—Calla de una vez —gruñó el hesiano.

Flanqueado por dos de los esbirros, Snayers se encaminó hacia la escalera que daba al piso alto, donde estaba situado el dormitorio de los huéspedes. El profesor se lamentó de que el arma con que le amenazaban no fuera una pistola antigua de pólvora; de este modo, y aun arriesgándose a recibir un balazo, hubiera opuesto resistencia, con el fin de avisar a su amigo por medio de las detonaciones. Pero era una pistola térmica la que tenía a sus espaldas y éstas funcionaban en completo silencio. Por lo tanto, sólo podía hacer una cosa: resignarse y ver cómo Cedric era atrapado incautamente.

Llegaron a la puerta de la habitación. Tewil, entonces, se le puso delante y le dijo en voz baja:

—Llama, pero no nos delates, si quieres vivir, ¿entendido?

Snayers asintió.

—¡Cedric, soy yo! ¿Puedo pasar?

Nadie respondió a la llamada.

—Estará dormido —masculló Tewil—. Llama más fuerte.

Pero la segunda llamada obtuvo el mismo resultado que la anterior, Tewil, perdiendo los estribos, pegó una patada a la puerta y la cerradura saltó con estruendo.

El hesiano se precipitó en la estancia como una tromba. Unos segundos más tarde, su lengua era un vomitorio de atroces interjecciones, pronunciadas en todos los idiomas de la Galaxia.

Snayers no pudo por menos de sonreír al ver las sábanas anudadas que, atadas a una pata de la cama, habían servido para la fuga de su amigo. Cómo éste había logrado advertir la presencia de los hesianos, era algo que ignoraba, pero no por ello se alegraba menos de que hubiera conseguido burlarlos.

Tewil juró hasta perder el aliento. Después, trató de normalizarse y se volvió hacia el profesor, sonriendo malignamente.

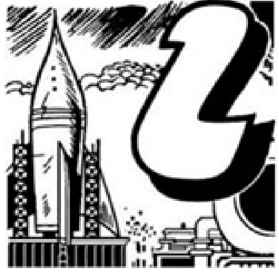
—Tú y Gillespie eráis muy amigos y estoy seguro de que te ha contado todo lo que sabe. Podríamos torturarte, pero hay algo más seguro y más rápido.

—No sé de qué me está hablando usted —dijo el profesor, encogiéndose de hombros.

Tewil soltó una siniestra carcajada.

—Una dosis de cinco centímetros de tripentotal —dijo—, nos pondrá en condiciones de averiguar lo que Gillespie te ha contado. ¡Erk, prepara la inyección inmediatamente!

CAPÍTULO VIII



A habitación era relativamente reducida y por ello los tres hesianos y el profesor volvieron a la planta baja.

Erk empezó a preparar la jeringuilla con rapidez hija de la práctica. Snayers fue obligado a despojarse de la camisa y su torso quedó al aire.

El profesor no se quejó; antes al contrario, durante los prolegómenos de la operación permaneció completamente silencioso, observando estoicamente los gestos del hesiano, sin parar mientes en la pistola térmica que el otro esbirro tenía en la mano y con la cual le tenía inmovilizado.

Tewil dio un paso hacia adelante.

—Por última vez, profesor...

—Es inútil —dijo éste, sacudiendo la cabeza.

—Después de que le hayamos puesto la inyección nos contará todo lo que queremos saber. Su voluntad no podrá resistirse a la nuestra y además quedará inutilizado para toda la vida.

Gruesas gotas de sudor, lógica reacción humana ante aquellas amenazas, invadieron la frente de Snayers. Mas no por ello dio signos de debilidad; apretó los labios y se encerró en un obstinado silencio.

Tewil soltó una colérica exclamación.

—¡Adelante, pues!

Erk cogió con la mano izquierda el brazo del profesor, en tanto que con la otra le acercaba la aguja de la jeringuilla. La punta de la aguja se aproximó a la epidermis y en aquel momento un objeto de brillantes colores apareció súbitamente sobre la mano del hesiano.

La jeringuilla cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos, en tanto que Erk lanzaba un feroz aullido de dolor. Otro de aquellos objetos cruzó el aire, yéndose a clavar en la mejilla de Tewil, quien, a su vez, prorrumpió en un chorro de feroces imprecaciones.

Durante unos segundos, una verdadera lluvia de aquellos objetos invadió la estancia, cruzando el aire como relámpagos multicolores y yendo a clavarse en las regiones más inesperadas de la anatomía de los hesianos, de cuyas bocas se escapaban verdaderos aullidos de pavor.

Snayers permaneció paralizado por el asombro durante unos momentos,

muy cortos, ya que casi inmediatamente reaccionó y echó hacia atrás su mano.

Todavía conservaba buena parte de la fuerza que le había hecho ganar un subcampeonato de boxeo en la universidad. La mandíbula del hesiano que sostenía la pistola térmica crujió y el individuo se desplumó de espaldas como un saco.

Lanzando un rugido de ira, Tewil se precipitó sobre el arma. Ya estaba a punto de tocarla con los dedos, cuando otro de aquellos objetos voló por los aires, yéndose a clavar en el final de su espalda. Tewil lanzó un rugido de dolor y se incorporó, tratando de arrancarse aquella cosa.

Alguien penetró en la estancia como una tromba. Al verlo, Tewil olvidó todas sus fanfarronadas y, sin esperar a más, huyó cobardemente, dejando el campo libre, en compañía de Erk, en tanto que el otro hesiano, desvanecido como consecuencia del puñetazo que le propinara el profesor, quedaba allí en el suelo, a merced del dueño de la casa y de su amigo.

Comprendió que no había nada a hacer.

Cedric recogió la pistola y saltó a través de la ventana abierta de par en par, corriendo en persecución de los fugitivos. Pero éstos le habían sacado una ventaja considerable y ya llegaban a su atóbil, en el cual montaron, desapareciendo de aquel lugar a los pocos instantes. El alcance de las pistolas térmicas era muy corto y aunque Cedric liberó un par de descargas, éstas no ejercieron apenas influjo en el metal de la carrocería, con lo que el vehículo se esfumó casi inmediatamente.

Un tanto chasqueado, regresó a la casa. Podía haber tomado el vehículo de su amigo con objeto de seguir a Tewil, pero no quiso arriesgarse, ignorando si éste tenía cubierta la retirada. Por otra parte, de hacerlo hubiera tenido que correr mucho y posiblemente hubiera llamado la atención de algún puesto de vigilancia de caminos, cosa que no le convenía, sabiendo que era buscado con ahínco por orden del secretario.

Snayers le acogió con vivas muestras de alegría.

—¡Cedric I ¿Eres tú? ¡Dios mío, si no es posible!

A pesar de la decepción que sentía por habérsele escapado la pareja de forajidos, Cedric no pudo contener una risotada.

—Estaba ya despierto cuando los vi llegar —dijo—. También vi cómo te amenazaban con la pistola, pero yo estaba desarmado y no podía oponerme a sus intenciones con sólo las manos desnudas. En vista de ello, pues, y sabiendo que te obligarían a enseñarles mi habitación, ideé el truco de las sábanas y me escondí en otra contigua. Pensé, y así ha sido, que ellos creerían que había huido, por lo cual no se molestarían en continuar el registro. La suerte quiso que cayera en la «nursey», donde me encontré con un disco que sirve, de blanco y una docena de dardos. No pueden matar a nadie, por supuesto, pero sus pinchazos siempre molestan.

Snayers se echó a reír estruendosamente.

—Había que ver la cara que puso el jefazo cuando se agachó a coger la pistola y tú... ¡Oh, Dios mío, creo que ya nunca me reiré tanto como hace unos

momentos!

—La cosa no tiene tanta gracia como tú crees, Tom —dijo Cedric frunciendo el ceño—. Estos tipos son peligrosos y no se detendrán por nada.

—Lo que no me explico es por qué echaron a correr tan repentinamente. Parecía que el diablo les siguiera.

—Posiblemente creyeron que estos dardos de juego estaban envenenados. Esto es algo completamente nuevo para ellos y les desconcertó. Bien, vamos a ver cómo respira nuestro cautivo. Trae algo de agua para despertarle, ¿quieres?

Snayers asintió, volviendo a los pocos segundos con una jarra de agua, cuyo contenido volcó sobre la cara del inconsciente. El hesiano se rebulló, tosió, estornudó y al fin acabó por sentarse en el suelo con estúpida expresión, como si no acabara de comprender bien lo que le sucedía.

Cedric se sentó en un sillón frente a él, enarbolando con aire negligente la pistola térmica. Le miró fijamente unos segundos y luego dijo:

—Vas a contarme todo lo que sabes si no quieres morir asado, ¿estamos?

La lengua del hesiano se paseó por sus labios súbitamente resecos.

—Yo... Es Tewil quien lo sabe todo. Nosotros nos limitamos a obedecer. Él nunca nos dice nada importante.

—Ya me lo supongo; siempre suele ocurrir así en casos como el presente. Pero algo se le habrá escapado en más de una ocasión, ¿verdad?

El forajido calló.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el joven, de repente.

—Znid.

—Pues bien, Znid, habla, porque es lo mejor que te puede suceder en estos momentos. Lo creas o no, estoy dispuesto a quemarte vivo, pero por zonas, poquito a poco. Ahora una mano, luego un pie y así hasta que desates la lengua.

—Usted... usted no se atreverá a hacerme eso. Es un terrestre —dijo con tono desafiante el hesiano.

Súbitamente, la boca de la pistola se incendió, arrojando una llamarada de intolerable potencia lumínica. Un chorro de fuego condensado brotó del arma, pasando a corta distancia del rostro de Znid y yéndose a perder luego por la ventana abierta.

Znid lanzó un alarido de pánico al sentir tan cerca de su rostro el abrasador calor de la descarga.

—Por favor... no, no lo vuelva a hacer. Diré... todo lo que... lo que sepa.

—Muy bien —asintió el joven—, habla pues. Pero hazlo ajustándote a la verdad o tendrás que atenerte a las consecuencias.

Znid asintió, deglutiendo ruidosamente. Después dijo:

—En realidad, tanto Erk como yo no sabemos mucho; nos limitamos a obedecer las órdenes de Tewil.

—¿Por cuenta de quién obra éste?

—No nos lo ha dicho nunca. De vez en cuando, habla por teléfono con

alguien y luego nos dice lo que tenemos que hacer. Pero siempre se esconde de nosotros para hablar, a fin de que no le veamos el rostro en la placa.

—Una precaución muy lógica en un asesino. ¿Cuál es vuestro cuartel general?

—Ninguno. Cada noche nos alojamos en un hotel distinto.

—Esa es una buena idea para no dejar rastro. Y las conversaciones que sostiene Tewil, ¿a qué horas tienen lugar?

—Corrientemente a cualquiera. Pero, por regla general, la mayoría de las noches lo hace poco antes de acostarnos.

—Lo que quiere decir que su patrón sabe exactamente el alojamiento que vais a tener al día siguiente.

—Así debe ser.

—En el hotel de la montaña estabais cinco por lo menos. Ahora sólo he visto a tres. ¿Dónde están los restantes? ¿Hay más?

—Tewil les despachó con un encargo, pero a Erk y a mí no nos dijo otra cosa sino que teníamos que seguirle hasta aquí.

—Entonces los otros dos se marcharon. ¿No tienes alguna idea del sitio a donde se pudieron ir?

Znid sacudió la cabeza. Cedric calló unos momentos, muy pensativo, y luego volvió el rostro hacia su amigo.

—Creo que este tipo ya nos ha dicho todo lo que teníamos que saber.

—Así parece —concordó Snayers.

—Bien, entonces le vamos a despachar. A nosotros ya no nos sirve para nada y si le mantenemos prisionero será más un estorbo que otra cosa. Tal como está marchando el negocio, a Tewil tanto le daría que liquidásemos a este tipo como que le soltásemos. No creo que el material humano sea cosa que le preocupe demasiado. En cambio, para nosotros sería un lastre sin ningún beneficio.

Cedric calló un momento y luego dijo:

—¡Ea, ponte en pie y lárgate!

Znid le miró, como si no acabase de comprender lo que estaba oyendo.

—¡Vamos, he hablado bastante claro! ¡Lárgate ya de una vez!

El hesiano se puso en pie lentamente; luego dio media vuelta y echó a correr, saltando directamente por la ventana, sin molestarse en tomar el camino de la puerta.

A continuación, Cedric se volvió hacia su amigo.

—Tom, vete ante el televisor y lee las noticias del último boletín, mientras que yo hago unas cuantas pesquisas por teléfono.

—No uses la placa visora —le recomendó el dueño de la casa.

—Por supuesto. Procura enterarte, sobre todo, de dónde se encuentra alojada Helena; esto es cosa que no pueden mantener oculta, por mucho que lo quieran.

Cedric se fue hacia el teléfono y empezó a marcar un número, en tanto el dueño de la casa se sentaba ante el televisor y manejaba los diales que le

repetirían el primer diario televisado. Al cabo de unos momentos, volvieron a reunirse.

—Está en el Imperial —dijo Snayers.

—Me lo suponía; es el que le habían destinado cuando llegó a la Tierra. Tom, lo siento, pero tus alumnos te van a echar hoy de menos.

El profesor se echó a reír.

—¿Lo crees así? ¿Dónde he de llevarte?

—De momento, a una dirección que te indicaré.

—¿No vas al hotel primero?

Cedric sacudió la cabeza.

—Tengo que ir, pero no ahora. Estará lleno de policías por todas partes y me echarían el guante apenas me vieran aparecer. Saben que he de intentar reunirme con Helena y eso es precisamente lo que quiero hacer, pero en el momento en que a mí me convenga. ¡Vamos!

Salieron fuera y después de cerrar la casa, montaron en el atóbil, encargándose Snayers de su conducción. El vehículo se puso en marcha y unos momentos después se había incorporado a la densa comente de tránsito que afluía a la capital.

Media hora más tarde, Cedric se apeaba presurosamente ante un edificio de antiguo aspecto, construido quizá un siglo antes. Desapareció en el portal y el profesor se quedó en el coche, esperándole.

Cedric tardó bastante en salir. Cuando lo hizo, se aproximó al coche.

Snayers respingó al verle aparecer. Lanzó una exclamación.

—Si anda usted buscando a mi amigo Gillespie le diré que no sé dónde está, de modo que lárguese y déjeme en paz.

—Muchas gracias —contestó Cedric abriendo la portezuela—. Eso quiere decir que mi disfraz es perfecto.

La boca del profesor se abrió desmesuradamente.

—¡Cedric! ¿Eres tú? ¡Dios mío, si no es posible reconocerte!

El joven se echó a reír.

—Tengo ahí un amigo que trabaja magníficamente el arte de la caracterización. ¿Qué te parece lo que ha hecho conmigo?

—¡Diablos! Estás que no te conocería ni... Oye, luego podrás quitarte eso, ¿verdad?

—Hombre, no me gustaría seguir así durante todos los días de mi vida. Esta apariencia de lagarto no tiene nada de agradable, Tom. Bien —suspiró el joven—, y ahora llévame al hotel Imperial.

Snayers asintió.

—Créeme que te envidio —murmuró, poniendo en marcha el atóbil.

Unos minutos más tarde, el vehículo se detenía ante la puerta del hotel. Allí se despidieron los dos amigos.

—Te voy a dar un consejo, Tom: no vuelvas a casa. Reúnete con tu esposa y permanece con ella y los chicos una temporada, hasta que te enteres de que todo ha pasado. Así evitarás, con seguridad, más contratiempos como el de

esta mañana, ¿comprendes?

—Sí, pero me gustaría quedarme contigo —dijo Snayers con melancólico acento.

—No puede ser, y créeme que lo siento. Corro demasiados riesgos para mezclarte a ti en ellos. Tú tienes una mujer y unos críos en quienes debes pensar. Aléjate de la ciudad y permanece apartado de todo este jaleo.

—Está bien —accedió el profesor, resignado—. Puesto que tú lo dices... ¡Que tengas suerte! —concluyó.

—Gracias. Tu ayuda me ha servido de mucho. ¡Adiós, Tom! —y sin aguardar a más, el joven dio media vuelta y cruzó la acera.

El imponente portero que guardaba la entrada del hotel lo miró con repugnancia mal disimulada, pero no le opuso objeción alguna. Cedric cruzó por delante de él con tranquilo paso y luego se encaminó a la recepción.

—¿La «suite» de su majestad Helena de Cortel? —preguntó.

El impecable empleado que se hallaba tras el mostrador le arrojó una mirada de disgusto, de la cual Cedric hizo caso omiso.

—¿Está usted citado con ella? —inquirió.

—Me recibirá apenas sepa que estoy aquí.

—¿Su nombre, por favor?

Cedric vaciló unos segundos y al fin acabó por decir:

—Dígale que Tewil, de Hesios, está aquí y solicita su real autorización para verla.

El recepcionista vaciló, pero acabó por manejar el interfono. Al cabo de unos momentos tocó un timbre que había en la mesa.

Un botones se acercó.

—Acompaña al señor Tewil a la «suite» real.

—Muchas gracias, amigo —dijo Cedric, fingiendo no haber visto la mueca de asco que había hecho el del hotel.

Siguiendo al botones, se encaminó al ascensor. El aparato los llevó al duodécimo piso, saliendo luego al corredor.

Con paso tranquilo e indiferente, Cedric avanzó por el pasillo, dándose cuenta de que había varios individuos muy ocupados, aparentemente, en leer el periódico. Cada vez que cruzaba por delante de uno de ellos, Cedric sentía clavada en su nuca una investigadora mirada, pero supo dominar sus nervios y comportarse con perfecta naturalidad.

El botones se detuvo ante una puerta.

—Aquí es, señor —dijo.

Cedric le arrojó un billete, que el otro pescó al vuelo.

—Gracias. Lárgate, hermano.

Después tocó con los nudillos en la madera.

La puerta se abrió y Helena apareció en persona ante sus ojos.

Durante unos segundos, Cedric permaneció deliberadamente en silencio, en tanto que ella le miraba con expresión irritada.

—¿Qué es lo que quiere usted? ¿Por qué viene a molestarme de nuevo?

Cedric se inclinó, sonriendo untuosamente.

—Majestad, lamento causar vuestro enojo. Pero lo que tengo que hablar con vos no puede hacerse aquí, en la puerta.

Ella vaciló, pero acabó por echarse a un lado.

—Pase —dijo secamente, y el joven obedeció.

La muchacha quedó en el centro de la estancia, con los brazos cruzados sobre el pecho, en tanto que Cedric, con aire negligente, se dirigía hacia una mesita y tomaba, un cigarrillo de una caja, que había sobre ella.

Expulsó el humo con desfachatez. Miró a Helena y sonrió:

—Cuando te enojas te salen los colores a la cara y estás mucho más bonita.

Ella respingó. Pero, de pronto, sus ojos se dilataron.

Corrió hacia el joven y le tomó por los brazos.

—¡Cedric... tú! ¡Oh, Dios mío... esto es increíble! ¿Cómo has conseguí...? Pero si nadie te conocería bajo ese disfraz.

—Eso es algo que me halaga profundamente, Helena —sonrió él, dejando el cigarrillo sobre el cenicero. Luego su rostro adquirió una expresión súbitamente seria—: Helena, este no es el momento de andarnos con explicaciones, pero tenemos que irnos de aquí inmediatamente.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Te lo diré cuando tenga tiempo para ello. Ahora... tú confías en mí, ¿verdad?

Ella asintió.

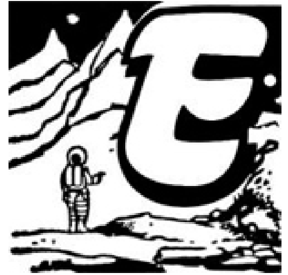
—Por supuesto, Cedric, pero... ¿Qué haces tú? ¿Quién eres? ¿Por qué te comportas de ese modo tan misterioso?

—Ahora no te preocupes de más. Vámonos.

—Si salimos por la puerta, los policías, de escolta me seguirán.

—No vamos a salir por la puerta —dijo Cedric.

CAPÍTULO IX



LLA le miró extrañada.

—Hay doce pisos... —empezó a decir, pero Cedric no la dejó continuar.

Corriendo hacia la ventana, miró un momento a través del cristal. Helena le contempló extrañada, mas pronto hubo de comprender la actitud del joven al ver un punto brillante que crecía rápidamente de tamaño.

—¡Un helicóptero! —exclamó.

—Justamente —respondió Cedric.

—Pero no podremos salir. Los vidrios son irrompibles y las ventanas están herméticamente cerradas para facilitar la climatización de la atmósfera interior.

Cedric emitió una sonrisita, al mismo tiempo que extraía una pistola térmica.

—Esto —dijo—, rompe el vidrio más resistente —y sin añadir una palabra más, apretó el gatillo.

El cristal empezó a fundirse a medida que las descargas elevaban su temperatura enormemente. Arroyos de vidrio licuado corrieron hacia abajo y en un minuto escaso Cedric dejó la ventana completamente limpia de su cristal.

—No quiero que nadie nos vea salir de aquí. Por eso hice venir el helicóptero.

El aparato se acercó rápidamente al edificio, quedándose a unos cuantos metros por encima de la ventana. Una portezuela se abrió y un cable descendió rápidamente.

El piloto del helicóptero hizo que la eslinga se balancease hasta que Cedric la pudo atrapar. Entonces pasó los fuertes atalajes bajo los brazos de la muchacha y la dijo:

—No hagas nada; déjate llevar.

Y agitó la mano dos o tres veces en círculo, con lo que Helena fue levantada en vilo por el motor auxiliar de la eslinga.

La operación se repitió otra vez y dos minutos más tarde, la altísima torre del hotel Imperial era apenas un recuerdo en la mente de los ocupantes del aparato volador.

Una vez que hubieron pasado a bordo, Cedric exclamó:

—Helena, déjame presentarte a un buen amigo mío. Lars Ovil, sargento de la Fuerza Espacial. Lars, su majestad la reina de Cortel.

Lars era un muchachote de simpático aspecto y fornida complexión. Sonrió agradablemente al contestar:

—Me siento muy honrado en conocer a Vuestra Majestad y más satisfecho todavía de poder ayudarla.

—Muy amable —respondió ella—. Dime, Cedric, ¿puedo saber dónde me llevas?

—Lo sabrás cuando hayamos llegado a destino, Helena. Ahora sería inútil decírtelo, porque no te enterarías de nada. Lars —se dirigió a su amigo—, sácale a este cascajo toda la velocidad que puedas. El rumbo ya lo conoces, ¿verdad?

Ovil respondió afirmativamente y oprimió el acelerador, al mismo tiempo que ganaba unos cuantos centenares de metros de altura, para huir de los canales de tránsito más frecuentado.

Mientras el sargento ejecutaba su maniobra, Helena miró fijamente a su compañero de aventuras.

Comentó, pensativamente:

—Me parece Cedric, que tu cabeza está menos hueca y más llena de lo que muchos se creen.

El joven soltó una, alegre carcajada. Sacó cigarrillos y los distribuyó, pero rehusó categóricamente contestar a ninguna de las insistentes preguntas que le formulaba la muchacha.

Una hora más tarde avistaron un enorme edificio situado en el flanco de una abrupta colina, que lo protegía eficientemente contra los vientos dominantes.

Desde el aire, Helena apreció la magnitud de aquel edificio, así como de las instalaciones auxiliares que lo rodeaban. Vio un par de pistas de despegue para cohetes lanzadera y luego las bocas de una serie de túneles celosamente custodiados que horadaban los flancos de la rocosa colina, cuya cima se elevaba a unos quinientos metros sobre el nivel general de la llanura circundante.

El helicóptero aterrizó en una explanada destinada a tal efecto, y apenas lo había hecho, varios atóbiles descubiertos, todos ellos llenos de impasibles soldados metralleta al puño, lo rodearon, de tal forma que nadie pudiera traspasar aquel círculo de hierro.

Antes de que la muchacha pudiera formular la menor pregunta, un atóbil franqueó el círculo por el único paso que habían dejado abiertos los demás. El vehículo era también descubierto y a bordo sólo se hallaban dos personas: el conductor y un guardia armado a su lado.

Cedric descendió al suelo y ayudó a la muchacha a hacer lo mismo. Luego se despidió de Ovil.

—Gracias por el viaje, Lars; ha sido muy cómodo y agradable.

—Cuando quieras, ya lo sabes; no tienes más que avisarme. ¡Majestad!

—Gracias, sargento —concedió ella con una sonrisa de agradecimiento, no exenta de cierta preocupación.

Acto seguido, la pareja montó en el asiento posterior del atóbil, el cual arrancó inmediatamente a gran velocidad, escoltado por el resto de vehículos, los cuales flanqueaban su marcha a ambos lados.

La distancia que había hasta el edificio fue cubierta en contados minutos. El conductor del vehículo debía de estar bien entrenado, porque inmediatamente detuvo el atóbil frente a una de las puertas del gran caserón, construido casi exclusivamente de vidrio y aluminio.

La puerta estaba situada en una de las alas. Un pelotón de soldados les precedió y otro les cubría las espaldas, sin que Helena acabara de comprender las causas de tan extremadas precauciones.

Se introdujeron en un ascensor de gran capacidad en el que férreamente rodeados por una docena de guardias, subieron rápidamente unos cuantos pisos. Llegaron a un amplio corredor, con varias puertas, una de las cuales se abrió para dejarles paso apenas llegaron a ella.

Helena franqueó el umbral, seguida por Cedric, en tanto que los soldados continuaban montando la vigilancia en el exterior.

Había dos hombres vestidos con sendas batas blancas, ya de alguna edad a quienes Cedric presentó como el doctor Hilsen y el profesor Curzotti. Helena les saludó cortésmente y luego volvió su vista hacia el joven.

—¿Querrás explicarme de una vez a qué nos va a conducir este juego?

—Por favor, un poco de paciencia —le suplicó Cedric—. Tú viniste a la Tierra con determinado fin, ¿lo recuerdas?

Ella hizo un gesto de asentimiento, pero no habló.

—No desconfíes, te lo ruego. El doctor Hilsen y el profesor Curzotti son de absoluta confianza, como todos los que trabajan aquí, en los laboratorios de la «Spatial Engineering».

Una chispa de comprensión brilló en los ojos de la joven.

—Creo que voy entendiendo —murmuró.

—Celebro que sea así, Helena. Tengo el encargo, por parte de la «Spatial», de adquirirte, al precio que fijes, la patente de vuestro nuevo método de navegación astronáutica.

Helena meditó durante unos segundos.

—Olvidas que tengo un crédito de trescientos cincuenta millones de «garants» para encargar yo misma la construcción de las máquinas que se necesitan según el nuevo sistema.

Cedric sonrió.

—Nadie lo duda, pero nuestra compañía te ofrece aún mejores oportunidades. Puedes guardarte esos millones que vendrán muy bien para vuestro presupuesto y, a cambio de la patente y de la cesión de la fórmula, la «Spatial» pagará, en el acto, dos mil quinientos millones de «garants», más un canon que fijarán los expertos por cada aparato que se utilice en las

astronaves, relacionada cada una de estas máquinas con cada billón de kilómetros recorridos por cada nave. Ya sabes que un año luz equivale, aproximadamente, a cuarenta millones de kilómetros, y anualmente, los miles de naves, que existen recorren miles de años luz por el espacio. Con sólo un «garant» por billón de kilómetros recorrido tendrás una suma fabulosa, suficiente para costear todas las necesidades de vuestro pueblo durante el tiempo de efectividad de la patente, porque ya sabes que al cabo de determinado número de años, la patente pasa, a ser del dominio público.

En tanto hablaba Cedric, Helena le miró atentamente, sin dejarse perder ni una sola sílaba de tan interesante discurso. Cuando el joven terminó, ella dijo:

—Una oferta realmente interesante, Cedric.

—Entonces, ¿aceptas?

—¿Quién me garantiza el pago de las sumas que acabas de ofrecerme?

—Si no te basta mi palabra, tengo ya los contratos listos, firmados por el Consejo ejecutivo de la «Spatial», a falta únicamente de llenar las cifras definitivas y de estampar tu firma al pie del documento.

Ella sonrió.

—¿Quién dijo que tú eras un cabeza hueca, Cedric?

El joven lanzó una alegre carcajada.

—Me parece que fue...

—Es igual —le cortó la muchacha—. Confío plenamente en ti, Cedric. Sin embargo, ¿cómo me las voy a arreglar para transcribirte la fórmula? Es muy larga y terriblemente complicada...

—Todo está preparado —repuso el joven—. Ven, mira.

Tomándola del brazo, la llevó hacia un ángulo de la estancia en la que se veía una máquina de imponente aspecto, frente a la cual había un cómodo sillón extensible.

—¿Qué es esto? —preguntó Helena.

—La máquina que va a copiar tu fórmula.

—Pero... ¿no temes correr el riesgo de que me equivoque?

Él denegó con la cabeza.

—Tú misma dijiste que te habías aprendido la fórmula, fragmento por fragmento, por medio de la hipnopedia.

—Así fue.

—Bien, entonces, para no correr riesgos innecesarios, el doctor Hilsen te pondrá una inyección de un preparado de su propia invención, un líquido inofensivo por completo, que te sumirá en una especie de trance, durante el cual reproducirás, palabra por palabra, número por número, todos los términos de la fórmula. El medicamento que te van a inyectar afectará únicamente a tu subconsciente, haciéndote recordar exactamente todos los términos de la fórmula.

«Hablarás frente a un micrófono. Los sonidos influenciarán el grabador que traducirá en signos gráficos tus palabras y, al mismo tiempo y de modo automático, una cámara microfilmará lo escrito. Después los científicos de la

«Spatial» tendrán la palabra... y tú el dinero para tu pueblo.

Ella asintió. Cedric remachó el clavo.

—La droga que te vamos a inyectar no producirá efecto alguno pernicioso sobre tu mente. Incluso recordarás todo normalmente y no causará ni provocará hábito para tu organismo. Dentro de una hora o dos, cuando hayas terminado, te despertarás en un estado absolutamente normal. Y para que la cosa aún ofrezca menos dudas, firmaremos ahora el contrato...

Ella levantó la mano.

—No es preciso; ya dije antes que confiaba plenamente en ti, Cedric. ¿Es aquí donde he de sentarme? —preguntó, señalando al sillón.

El joven miró a Hilsen.

—¿Doctor?

—Sí, Majestad —contestó el aludido—. ¿Queréis sentaros, por favor? Mi ayudante, el profesor Curzotti, preparará en persona la inyección.

Helena se sentó, reclinando la cabeza en el alto respaldo. Miró a Cedric sonriendo:

—Supongo que después de esto podremos irnos de vacaciones otra vez. ¡Tengo tantas ganas de volver a la nieve!

—Ahora ya no nos molestará nadie, Helena —dijo Cedric, sonriendo, y se apartó, porque ya el profesor Curzotti venía con la jeringuilla preparada.

La inyección surtió efecto un par de minutos más tarde. Sin quedarse del todo dormida, Helena pareció aletargarse, conservando no obstante un mínimo de lucidez.

Mientras tanto, Hilsen y Curzotti preparaban la máquina. Para evitarle molestias a la joven, el micrófono fue instalado a unos cinco centímetros de su boca, sujeto a una pequeña pértiga que nacía del sillón. Cuando todo estuvo listo, Cedric se inclinó hacia ella.

Preguntó:

—¿Me oyes, Helena? Soy Cedric Gillespie. ¿Sabes quién soy?

—Cedric Gillespie... —repitió la joven con mecánico acento—. Sí, sé quién eres.

Cedric volvió a preguntar:

—¿Recuerdas por qué estás aquí?

Ella asintió.

—Tengo que decir la fórmula.

—¿La recuerdas?

—¿Por completo, puedo repetirla sin olvidar el menor detalle.

—Bien, entonces, cuando quieras.

Helena empezó a hablar, en tanto que el doctor vigilaba con frecuencia el ritmo del pulso y de la respiración de la muchacha. Curzotti estaba atento a los controles del aparato y, retirado discretamente a unos pasos de distancia, Cedric fumaba cigarrillo tras cigarrillo, mientras la joven hablaba.

Mientras que Helena hablaba una pantalla iluminada recogía en gráficos de palabras y cifras las frases que ella pronunciaba, componiendo línea tras línea

que iban ascendiendo lentamente, lo mismo que un diario televisado. Frente a la pantalla, una cámara tomaba todas las imágenes en hilo de microfilm, con el fin de grabarlas a conciencia, sin que se perdiera ni una sola de ellas.

Largo rato duró el monólogo de Helena. Fueron más de dos horas de un incesante discurso, cuyo fin fue acogido por Cedric Gillespie con un ruidoso suspiro de alivio.

Hilsen descorrió las cortinas que habían ocultado las ventanas de la amplia estancia, con el fin de procurar una tranquilizadora penumbra a la paciente. Cuando Helena dijo que ya había terminado, el doctor tomó un vaso que había preparado previamente, lleno a medias de un líquido ambarino y lo acercó a los labios de la muchacha.

—Bebed, Majestad —dijo.

Ella obedeció mansamente. Casi al momento recobró su aspecto habitual. Los colores afluyeron nuevamente a su rostro y un suspiro distendió las finas líneas de su busto.

—¡Qué cansada me encuentro! —exclamó con voz débil.

—Es lo lógico, después de dos horas de hablar sin parar —comentó el joven—. Doctor, ¿no podría proporcionar a su majestad algo más substancioso que ese mejunje?

—Por supuesto. En el comedor de los laboratorios podrá...

Le interrumpió:

—No. Cuando menos se haga visible la reina, mejor para todos. Haga que suban una bandeja con comida aquí mismo. Es decir, si a ti te parece bien, Helena.

La muchacha asintió, todavía reclinada en el sillón. Mientras, Hilsen habló por el intercomunicador y pidió lo solicitado por el joven,

Unos minutos más tarde llamaron a la puerta. Cedric en persona salió a abrir y tomó la bandeja con los alimentos, llevándoselos a la muchacha.

—No te preocupes de la línea y come.

Ella le dedicó una sonrisa, al mismo tiempo que le obedecía. Entre tanto, Hilsen y Curzotti trabajaban en la máquina, para obtener los resultados del parlamento de la joven.

—Supongo —dijo ella al cabo de unos minutos—, que con esto podremos dar por terminadas todas mis aventuras aquí.

—Eso creo yo.

Ella miró a Cedric con gesto de sorpresa.

Preguntó:

—¿Sólo lo crees? ¿Es que no estás seguro?

El joven vaciló.

Al fin dijo:

—Verás... todavía quedan por ahí esos tipos de piel verde y...

Ella le interrumpió:

—Pero ahora ya no pueden hacer nada. La fórmula es vuestra.

—Oh, claro que no... teóricamente. Pero supongamos que se apoderan de ti

y por medio de torturas o de cualquier otra forma, te la hacen repetir. A ellos les importaría muy poco la ley sobre patentes y una maquinaria tan complicada como la que tú has descrito no es cosa que se improvise ni se construya en unas horas. Hay otros muchos planetas en distintos sistemas de la Galaxia que están tan industrializados o más que el nuestro y que podrían construir tus aparatos con tan buen éxito como nosotros mismos.

Helena frunció el ceño.

Preguntó:

—¿Quiere esto decir que he de permanecer escondida aún?

—Oh, sólo unos cuantos días nada más. Hasta que... hasta que los hayamos atrapado a todos, cosa que no puede tardar mucho.

—Todavía andan sueltos por ahí —objetó ella en voz baja.

—Pero nuestros agentes les andan a la zaga... y no son los policías torpes que tú crees.

En aquel momento se les acercó Curzotti, con una caja redonda y plana en las manos. El hombre estaba muy satisfecho.

—Aquí —dijo—, tengo toda la fórmula. No la he logrado entender del todo, ya que es complicadísima y hay que estudiarla a fondo. Sin embargo, puedo predecir que esto va a causar una auténtica revolución en la astronáutica. Majestad —añadió el profesor—, permitidme que os felicite por tener a vuestro servicio tan eminentes hombres de ciencia. La civilización les estará eternamente agradecida por sus esfuerzos.

—Así se lo haré saber cuando regrese a Cortel. ¿Qué piensa usted hacer ahora, profesor?

Éste contestó:

—Lo primero, llevar el hilo grabado al departamento de copia. Después, reuniremos a los cerebros científicos de la organización y...

En aquel momento sonó el zumbador del intercomunicador, interrumpiendo al profesor. Hilsen, que estaba más cerca, manipuló en el aparato.

Al cabo de unos segundos se volvió hacia los presentes.

—Tenemos visita, y de las gordas.

—¿Cómo? —exclamó Cedric.

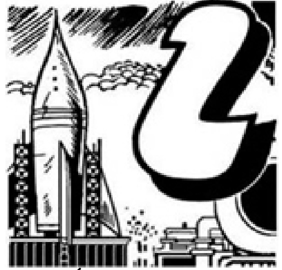
—El Secretario de Asuntos Espaciales está ya en el ascensor, dirigiéndose a esta habitación.

Helena soltó una exclamación.

—¿Cómo se habrá enterado...?

—No me importa la forma en que se haya enterado de nuestra presencia aquí —dijo Cedric con tono duro—, sino los motivos de la suya en este lugar.

CAPÍTULO X



ANZÓ Helena una mirada de desesperación en torno suyo.

—¡No podemos marchar de aquí! —exclamó, con tono pesimista.

—Tampoco tenemos ya necesidad de huir —dijo Cedric—. ¿Por qué habíamos de hacerlo?

—Para que no te causen ningún daño —contestó ella—. Ahora te cogerán prisionero otra vez y...

Le interrumpió.

—¿Qué es lo que me puede suceder? ¿Tres, seis meses de encierro? Eso pasa pronto. No temas nada, que nada malo me ocurrirá.

Aguardaron unos momentos. Súbitamente, la puerta se abrió y el secretario Chibbs penetró en la estancia, seguido de su adjunto Jacobsson.

El rostro de Chibbs se veía muy enojado, a pesar de la prosopopeya con que trataba de aparecer. Jacobsson, a su lado, permanecía flemático, indiferente, fiel estampa de un secretario leal a su jefe.

—Buenos días, Majestad —saludó el secretario—. Celebro mucho encontraros en este lugar.

—No puedo decir yo lo mismo de usted, secretario —contestó ella hoscamente—. ¿Qué es lo que viene a hacer aquí? ¿Quién le ha dado permiso para interrumpirme? ¿Ha pensado usted acaso en que yo soy uno de sus subordinados?

Chibbs se inclinó galantemente.

—Por supuesto que no, Majestad; y no es mi intención causaros la menor molestia. Únicamente... tengo entendido que habéis cedido una patente de sumo interés a la «Spatial».

—Le dije a usted, secretario, que mis asuntos particulares no le interesan para nada. Si he cedido o no esa patente, eso es cosa mía, estrictamente mía, ¿me entiende usted?

Una débil sonrisa apareció en él rostro de Chibbs.

—Majestad —dijo—, nada más lejos de mi ánimo que intentar inmiscuirme en vuestros asuntos privados. Sin embargo, en este caso me permitiréis que os haga algunas observaciones. Sois nacida en un planeta cuyas costumbres difieren mucho de las de la Tierra y ello os ha hecho

incurrir en algunos errores, fácilmente perdonables, por supuesto, pero que no por ello dejan de ser errores,

—En todo caso, no creo que le hayan causado graves trastornos, secretario.

—A mí, particularmente, no, desde luego. Pero sí al Gobierno en cuya representación vengo.

—Indemnizaré...

—No se trata de indemnizaciones, señora, sino de reparar algunos digamos desperfectos que habéis cometido inducida por ese... botarate que tenéis a vuestro lado. Me refiero al señor Cedric Gillespie, por supuesto.

Una divertida sonrisa apareció en los labios de la muchacha.

—Es lógico que haya cometido dichos errores. Pero la culpa no es del señor Gillespie, sino exclusivamente suya, secretario.

Chibbs respingó:

—¿Mía?

—¡Claro que sí! Sólo a usted se le podía ocurrir enviar para acompañarme durante mi estancia en la Tierra a un hombre carente de seso. «Cabeza Hueca», le llamó usted, si mal no recuerdo.

El secretario enrojeció.

—Esta era una apreciación subjetiva que...

—¡Basta! —cortó ella, irritadísima—. Dígame de una vez qué es lo que quiere de mí y luego váyase y déjeme en paz.

—Muy bien —contestó Chibbs con tono duro—. En primer lugar debo llevarme detenido conmigo al señor Gillespie. Quebrantó una orden de arresto mía y golpeó a dos guardias para poder huir. Esto sólo ya constituye de por sí un delito, que habrá de ser purgado en la forma prescrita por la Ley.

—¿Y después? —preguntó ella, burlona.

—Después —dijo Chibbs con tono solemne—, deberéis deshacer el contrato que habéis firmado o estabais a punto de firmar con la «Spatial».

—¡Vaya! ¿Qué clase de Gobierno es el suyo, secretario, que se entromete en los asuntos particulares de ciudadanos de otro planeta? Ya no quiero hablar de mí como jefe de un Estado amigo, sino como una mujer cuya nacionalidad no es la terrestre, precisamente. Si me obliga a hacer algo en contra de mi voluntad, conculcará usted esta Ley que con tanta frecuencia aparece en su boca.

—Celebro que haya mencionado el tema, Majestad —dijo Chibbs con tono frío—. Posiblemente usted ignora que el Gobierno de la Tierra tiene preferencia, según la Ley, para la explotación de toda patente que esté relacionada con la astronáutica. Por lo tanto, el contrato suscrito por Vuestra Majestad no tiene validez alguna, en tanto no sea avalado por mi Gobierno. Éste, luego, es libre de ceder la explotación de la patente a la compañía que mejores ofertas le haga, presentándose las distintas empresas interesadas en el asunto a una licitación pública y anunciada con la suficiente antelación, a fin de que todas puedan hallarse en igualdad de condiciones. Tales circunstancias —concluyó el Secretario—, no se han dado en el presente, caco y, por lo

tanto, ese contrato no tiene validez jurídica alguna.

Los argumentos de Chibbs parecían incontestables. Helena, desconcertada, miró a Cedric, como, pidiéndole consejo.

Chibbs se echó, a reír.

—Si no me creéis, Majestad, que os lo confirme el propio Gillespie.

—Habla, Cedric, por favor, no te estés callado —le suplicó ella, angustiada.

El joven asintió. Avanzó un par de pasos y dijo:

—El honorable secretario Chibbs tiene toda la razón del mundo. Ningún argumento legal podría oponerse a los suyos... salvo que él fuera persona capacitada para exponerlos.

Al oír estas palabras, Helena sintió renacer la esperanza en su corazón.

Chibbs lanzó un gruñido.

—¡Cómo! ¡Gillespie, usted está diciendo insensateces! ¿Por qué no he de poder ser yo esa persona? ¿Es que no me conoce usted? Más le valdría darse un baño y quitarse esa capa de pintura que se ha dado para disfrazarse de un modo tan ridículo como melodramático. Parece usted un traidor de ópera.

—Cada uno se disfraza de lo que puede, señor —contestó el joven, quien con toda tranquilidad se volvió hacia la mesita donde había estado comiendo la joven.

Había una botella de vino casi entera. Cedric la tomó, llenando una copa hasta el borde, llevándosela luego a los labios, que humedeció apenas.

—Un vino excelente, palabra —dijo, chasqueando la lengua; y luego la volvió de nuevo al mismo sitio.

—Repito que no es usted persona apropiada para entablar tales reclamaciones acerca de Su Majestad, señor Secretario.

—Tendré que enviarle, al psiquíatra y ponerle en observación, Gillespie —dijo Chibbs desdeñosamente—. Demuéstremelo usted.

—¡Ahora mismo, señor! —exclamó el joven quien, con un gesto fulminante, imposible de prever, arrojó todo el contenido de la copa a la cara del Secretario.

Chibbs lanzó un rugido de cólera, al mismo tiempo que se llevaba las manos al rostro, cegado por el líquido. Jacobsson, deferentemente, corrió hacia su jefe y, sacando un pañuelo, empezó a limpiarle la cara.

Cuando terminó, más de la mitad del rostro de Chibbs aparecía de color, verde.

Helena lanzó una exclamación de sorpresa y de espanto al mismo tiempo, lo mismo que Hilsen y Curzotti.

Cedric se echó a reír alegremente.

Durante unos momentos, Chibbs miró al joven, sin saber qué decir.

Cedric se le anticipó.

—Sería muy interesante, señor Secretario, que se mirase usted a un espejo. Así vería usted que su epidermis ha recobrado su aspecto habitual ¡el de un hesiano!

Chibbs lanzó un rugido de cólera al verse descubierto.

Instintivamente, se pasó la mano por la cara y luego se miró los dedos cubiertos parcialmente con la pasta de maquillaje, con la cual había estado simulando durante todo aquel tiempo una epidermis terrestre.

—¡Maldito! —exclamó, ciego de ira.

Quiso moverse, pero Cedric no le dejó. Sacó su pistada térmica y le encañonó con el arma.

—¡Quieto ahí —exclamó—, o le abraso! Me gustaría mucho saber qué es lo que le sucedió al legítimo Chibbs, pero eso ya se lo explicará usted al tribunal que lo juzgue. Y si no quiere hablar, nosotros le obligaremos a ello; en casos como el suyo, no sólo está justificado, sino recomendado el uso del tripentotal. Y, si como me temo, Chibbs ha muerto, usted pagará con su vida ese asesinato.

Una colérica exclamación se escapó de los labios del falso Chibbs. Miró en torno suyo, como una rata acorralada, y luego, de modo totalmente inesperado y repentino, dio un fuerte empujón a Jacobsson,

Éste salió proyectado hacia adelante, yendo a chocar contra el brazo armado del joven. Cedric, instintivamente, había disparado la pistola térmica al ver el gesto ofensivo de Chibbs, pero el cuerpo de Jacobsson interceptó la potente descarga.

Jacobsson lanzó un alarido de agonía al recibir el impacto de varios miles de grados en su cuerpo. Se retorció como un poseso y luego cayó al suelo, carbonizándose en pocos momentos.

Un espantoso hedor a carne quemada invadió la estancia. Helena estuvo a punto de desmayarse de asco, pero antes de que pudiera hacer nada, una garra de terrible fuerza se apoderó de su brazo.

Chibbs cogió a la muchacha y se la colocó delante, como escudo, en tanto que con la otra mano empuñaba una pistola.

El cañón del arma estaba apuntando directamente al costado de la muchacha.

—¡Que no se mueva nadie! —ordenó con tono enérgico.

Desde el suelo, adonde había caído, derribado por el empujón de Jacobbson, Cedric miró al Secretario.

—Chibbs, entréguese. Es lo mejor que puede hacer si quiere evitar graves perjuicios.

—Eso es lo que usted quisiera. A ver, denme el carrete donde está grabada la fórmula. Usted, profesor, y no haga nada sospechoso si quiere seguir viviendo.

Curzotti consultó a Cedric con la vista. El joven asintió.

—La vida de Su Majestad —dijo— debe sernos más preciosa que todas las fórmulas de este mundo. Entréguele el carrete, Curzotti.

El aludido avanzó hacia el criminal, quien, con la mano izquierda, sin dejar de hacer mientras tanto presión con el brazo sobre el talle de la muchacha, tomó la cajita redonda.

Después empezó a retroceder hasta la puerta.

—No hagan nada, no intenten nada, si quieren que la chica siga viviendo —y pronunciadas estas palabras desapareció junto con Helena.

Hilsen y Curzotti intentaron correr hacia la puerta, pero Cedric les detuvo con el gesto.

—¡No! —exclamó—. Hagan, lo que les ha dicho Chibbs. Usted, doctor, llame por el intercomunicador y que el sargento Ovil venga con su aparato a la terraza. Usted, Curzotti, venga conmigo.

En tanto que el doctor hacía lo que le habían dicho, Cedric se fue hacia una mesa. De uno de sus bolsillos sacó una cajita que, abierta, dejó ver en su interior, envuelta entre algodones, una ampolla llena de un líquido de color amarillo, muy transparente.

—Prepare una jeringuilla e inyécteme este líquido cuanto antes.

Sin comprender exactamente lo que se quería de él, Curzotti obedeció. Apenas lo había hecho, vio que Cedric se despojaba de todas sus ropas, colocándose una malla hecha de un tejido singularmente elástico.

—¿Qué diablos es eso, Gillespie? —inquirió el científico, totalmente absorto.

—Me voy a convertirme en un fantasma —rió el joven, quien, acto seguido, ordenó—: Enséñeme el camino de la terraza, pronto.

Echaron a correr los tres hacia arriba, llegando al exterior del edificio en pocos minutos. Cedric esperó impaciente hasta que por fin oyó el zumbido del helicóptero que se acercaba.

Apenas si dejó que el aparato se pesase sobre el suelo de la terraza. Montó en él y le dio instrucciones a Ovil, justamente unos segundos antes de comenzar a esfumarse.

El hecho causó tanto asombro en el piloto, que éste perdió los mandos y estuvo a punto de desplomarse con el aparato.

—¡Cuidado, tú! —le increpó Cedric—. ¿Es que no has visto nunca a un hombre invisible?

Ovil soltó un gruñido.

—Si eres invisible, ¿cómo demonios te voy a ver? ¿Qué es lo que te traes entre manos?

—Ahora verás. Pásame los mandos; yo pilotaré el helicóptero.

—Esto es cosa de brujería —rezongó el otro, haciendo lo que Cedric le decía—. Oye, ¿y toda la vida vas a estar así, convertido en duende?

Cedric no contestó. Estaba muy ocupado examinando el radar del aparato.

Si Chibbs había venido, como suponía, en su vehículo privado, llevaría una sirena silenciosa, a base de señales de radio, con el fin de hacer apartarse de su camino a los vehículos del tránsito ordinario. Tales sirenas eran usadas en muy contadas ocasiones y sólo por personalidades de alto rango. Chibbs no dejaría de usarla, sabiendo que tenía que huir de allí a toda prisa.

No tardó el joven en hallar las señales en la pantalla. Entonces dio gas y el aparato hendió la atmósfera a gran velocidad, remontándose a unos mil metros

de distancia por encima del suelo.

En pocos minutos estuvieron por encima de la autopista. Cedric perdió unos centenares de metros de altura y navegó de modo paralelo al camino, ajustando la velocidad del helicóptero a la del atóbil cuyas señales insistían tanto en la pantalla.

—Ahí lo tenemos —exclamó, señalando con la mano un punto brillante que se desplazaba por el suelo con terrible velocidad, sobrepasando raudamente a los demás vehículos.

Una vez lo hubo localizado, tomó el micrófono y empezó a dar órdenes a la policía caminera. El resultado fue que unos minutos más tarde todo el tráfico de la pista había sido detenido.

Al lado de Chibbs, Helena no se atrevía a moverse. Sabía que la cosa iba en serio y que el falso secretario estaba dispuesto a todo con el fin de salirse con la suya.

Súbitamente, Chibbs lanzó un juramento. Acababa de darse cuenta de que su atóbil era el único que circulaba por la autopista.

Un vago presentimiento asaltó su espíritu. Nervioso y desconcertado, apretó el acelerador, haciendo que el atóbil alcanzase el máximo de velocidad.

Durante unos segundos, los dos costados de la autopista se deslizaron rapidísimamente a ambos lados del coche. Pero, de pronto, la radio del vehículo empezó a sonar.

—¡Atención a todos los conductores! —dijo el invisible locutor—. Debido a una avería en el suministro de energía, nos vemos obligados a cortar ésta durante unos minutos. Reduzcan la marcha suavemente, por favor, para evitar contratiempos. Cortaremos dentro de un minuto exactamente... Repito...

Una espantosa maldición se escapó de los labios de Chibbs al comprender la argucia que había utilizado su enemigo. Sabiendo que no le quedaba otro remedio, levantó el pie del acelerador y aplicó el freno.

—Ten cuidado con lo que haces —le dijo a la muchacha—. Es tu vida la que está en juego.

El atóbil redujo su marcha. Súbitamente, cuando ya estaba a punto de pararse del todo, un helicóptero descendió del cielo.

La maniobra de Ovil, a quien Cedric había cedido nuevamente les mandos, fue magistral. El aparato cayó como una piedra, deteniéndose suavemente a un metro del suelo, de tal modo que bloqueaba el paso del atóbil.

Chibbs lanzó un juramento. Echó mano de la pistola, ciego de ira, pero entonces la muchacha, luchando por su vida, se apoderó de su muñeca.

Con la otra mano, Chibbs empezó a golpear el rostro de Helena. Pero ella no cedió, sabiendo que, en cuanto aflojase, el criminal cumpliría su palabra.

Súbitamente, la puerta del atóbil se abrió.

Chibbs se volvió y su rostro expresó un asombro infinito al no ver a nadie. Pensó que acaso la puerta se había abierto como consecuencia del forcejeo y tornó a la carga.

Pero en el mismo momento, un agudo alarido se escapó de sus labios, al

sentir que unas manos invisibles le oprimían la garganta.

Helena comprendió instantáneamente lo que ocurría. No se pudo contener y gritó:

—¡Cedric!

Pese a sus esfuerzos, Chibbs fue sacado del interior del vehículo. La pistola saltó de sus manos cuando un golpe bien aplicado le dio en la muñeca.

Entonces se oyó la voz de Cedric.

—¡Huye, Helena!

Aquél fue el único error cometido por el joven, pues Chibbs, guiándose por su voz, descargó su puño. Fue un golpe de fortuna, pero que alcanzó al joven en la mandíbula, derribándole al suelo.

Chibbs se vio perdido. Ciego de pánico, sin saber lo que se hacía, montó en el atóbil y lo puso en marcha.

El coche arrancó. Todos los atóbiles poseían un mecanismo auxiliar que los proveía de un pequeño suplemento de energía para el caso de un repentino corte en la que proporcionaba fuerza electromotriz a la red. Y Chibbs no se dio cuenta de que en aquellos momentos el suministro estaba cortado.

El vehículo alcanzó una terrible velocidad, perdiéndose de vista en pocos segundos. Mientras tanto, Cedric se incorporaba, frotándose la dolorida mandíbula.

Repentinamente, una gran llamarada rasgó la claridad, a un kilómetro de distancia. La tierra tembló y un sordo estruendo hirió los oídos de la pareja. Luego, una negra columna de humo empezó a ascender a lo alto adoptando lentamente la forma de una seta. Y entonces, ninguno de los dos dudó acerca del fin que había tenido el malvado.

—¡Se ha desintegrado el motor! —exclamó Cedric al fin.

—¿Dónde estás? —preguntó ella, moviendo los brazos a ciegas.

Unas manos oprimieron sus hombros. Después los labios del joven se apoyaron sobre los suyos.

—Me estoy aprovechando de que no puedes verme —dijo Cedric, momentos más tarde—. Luego ya no lo podré hacer.

—¿Por qué? —inquirió ella, extrañada.

—Olvidas tu posición y la mía —le dijo él.

—¡Oh, qué tonto! ¿Tiene eso alguna importancia, si nos queremos?

—Supongo que no. Pero, dime, ¿crees que podré acostumbrarme al papel de rey consorte?

—Eso —murmuró ella— depende del cariño que me tengas, Cedric.

El invisible brazo del joven rodeó sus hombros.

—Estoy ardiendo en deseos de demostrártelo, Helena —dijo.


FiN



Escena de la película TORPEDO

Distribuida por C. B. Films

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 8 pesos